

# JORNADAS

19

## I. INTEGRACION POLITICA DE IBEROAMERICA

Textos de *Manuel F. Chavarría, Alfredo Pareja Díez-Canseco, Mariano Picón-Salas, José Antonio Portuondo, Luis Alberto Sánchez, José Vasconcelos, Jorge A. Vivó, Joaquín Xirau*

## II. POLITICA INTERNACIONAL DE LA AMERICA LATINA

Texto de *Antonio Castro Leal*

EL COLEGIO DE MEXICO  
*Centro de Estudios Sociales*

308  
J88  
no. 19  
25.3

# EL COLEGIO DE MEXICO

PANUCO, 63

## JUNTA DE GOBIERNO

Alfonso Reyes, *Presidente*; Eduardo Villaseñor; Gustavo Baz; Gonzalo Robles; Enrique Arreguín Jr.; Daniel Cosío Villegas, *Secretario*.

308/J88/no.19/ej.3

224019

Integración política del...

CM



aem

ALES

r; Mario de la Cueva  
ente Herrero (Ciencia  
lítica); Manuel Pe-  
nía); Víctor L. Ur-  
ra iberoamericana);

lez Díaz Lombardo;  
ez Navarro; Héctor  
Carrillo; Carlos Me-  
n Francisco Noyola  
de Peimbert; Rafael  
Münch

Integración política de Iberoamérica,  
Donación a El Colegio de México  
textos de Manuel F. ...

290/c.m



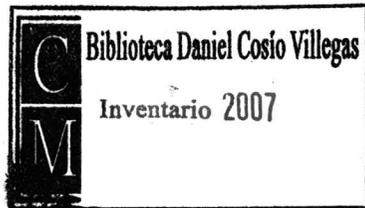
*Ref. Salazar*  
S. Salvador. Enero 18/945.

13756

EL COLEGIO DE MEXICO



\*3 905 0550152 1\*



308  
J88  
No-19  
4J-3

224019.

## EL SEMINARIO COLECTIVO SOBRE “LA AMERICA LATINA”

*El Centro de Estudios Sociales tiene como su propósito más definido la investigación continuada y sistemática de la realidad social americana y aspira a poder ser en su día un hogar de conocimiento e información de todo lo que a ella se refiera y en el que colaboren cuantas personas interesadas puedan aportar las perspectivas diversas de su ciencia, de su nacionalidad, de su profesión o de las técnicas de pesquisa preferidas. Pero esta tarea tiene que ser lenta y se requiere esperar sin impacencias las condiciones de material y personal que hagan posible la realización plena de esos propósitos. Sin embargo, conviene ponerse a andar cuanto antes y aguardar en marcha las primeras posibilidades. Esta es una de las razones por las que el Centro de Estudios Sociales ha elegido a “Iberoamérica” como tema del seminario colectivo del primer semestre de su segundo año de vida. Un grupo de personas competentes, de distinguido renombre en su especialidad, va a ofrecernos con este intercambio de ideas los primeros materiales para la labor que el Centro se propone continuar en años sucesivos.*

*Mas existen asimismo otras razones de mayor peso, que trascienden las finalidades peculiares de esta institución. En forma parecida a como en el curso pasado el Centro se esforzó en ponerse al servicio de la cultura nacional incitando al estudio de los problemas de la guerra y la postguerra, cree cumplir también con una de las exigencias más graves e ineludibles del momento al provocar en este año un nuevo examen de la situación presente de Iberoamérica.*

*La situación actual es quizá una coyuntura única. Confluyen en ella un estado de conciencia cada vez más agudo y una situación real que en su plasticidad “transitoria” favorece el comienzo de una acción firme y bien orientada. Desde la iniciación de la segunda guerra*

*mundial se acentúa el proceso que corriendo desde años atrás significa la busca de “nuestra” propia expresión y realización. Van mezclados en él, ciertamente, visiones acertadas con vaguedades retóricas y alguna que otra puerilidad peligrosa; pero la fuerza de ese movimiento es día a día más notoria. Por otro lado, en cuanto las armas decidan la situación de las posiciones de poder y de cultura que hoy se enfrentan, se abrirá sin remedio un período de decisivos reajustes de los cuerpos históricos —con sus culturas, sus economías y sus formas políticas— en el que se exige participar con mente muy clara. Uno de esos cuerpos de cultura y de tradición, de esfuerzos históricos, de ideales y de destino, es el nuestro y no debe permanecer pasivo porque su pasado es ilustre y su porvenir incita al esfuerzo constructor. Pero ese querer sólo puede mostrarse si se apoya en ideas precisas, en aspiraciones definidas.*

*El seminario colectivo sobre “La América Latina” pretende ser un estímulo a esas exigencias de precisión y claridad. Es necesario captar nuestra realidad en sus contornos escuetos y llegar a ella a través de la maleza formada por las frondosidades verbales y afectivas y los lemas de las políticas transitorias. Se requiere conocer con justeza lo que se es, la constelación en que se está, para formular con acierto lo que se puede hacer, lo que se debe pretender.*

*Ya no es necesario repetir que el carácter limitado de nuestras reuniones no permite un examen completo; como en otras ocasiones, ha sido preciso ceñir los temas a unas cuantas cuestiones típicas de los sectores más importantes de nuestro interés; creemos, sin embargo, que en su conjunto abren el examen de nuestro espíritu y cultura y de nuestra estructura política, económica y social en puntos claves y significativos.*

*El seminario funcionará del modo siguiente: a) Habrá una ponencia general con el fin de permitir una discusión de conjunto y el examen de aspectos que no pueden tratarse en las sesiones especializadas; éstas se abrirán con sus respectivas ponencias, redactada cada una por un especialista, para precisar así rigurosamente el ámbito del problema y evitar pérdidas de tiempo; después vendrán las sesiones finales sobre la estructuración política de la América Latina. b) En las discusiones de este seminario participarán los alumnos y profesores*

*del Centro de Estudios Sociales, los ponentes de los distintos temas y las personas especialmente invitadas. c) Las sesiones tendrán una duración de dos horas, la primera consagrada a un resumen verbal de la ponencia y sus conclusiones y el resto a la discusión. d) Para que la discusión sea ordenada y fecunda, las reuniones tendrán un presidente de debates que las encauce y las resuma. e) El Centro de Estudios Sociales aspira a que puedan redactarse algunos trabajos escritos, como resultados de estas discusiones de seminario, trabajos que serán publicados y significarán una aportación del pensamiento mexicano a cuestiones del más profundo interés.*

## CALENDARIO DE LAS REUNIONES

de las 18 a las 20 horas

1ª sesión: 30 de marzo.

*El patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países:*

Raúl PREBISCH.

2ª sesión: 13 de abril.

*El pensamiento hispanoamericano:* JOSÉ GAOS.

3ª sesión: 20 de abril.

*El Brasil en la América Latina:* Renato DE MENDONÇA.

4ª sesión: 27 de abril.

*El contenido social de la literatura iberoamericana:* Agustín YÁÑEZ.

5ª sesión: 4 de mayo.

*La predisposición ecuménica:* Alfonso REYES.

6ª sesión: 11 de mayo.

*Los problemas sociales del indígena americano:* Alfonso CASO.

7ª sesión: 18 de mayo.

*Posibilidad de bloques económicos en América Latina:* Javier MÁRQUEZ.

8ª sesión: 25 de mayo.

*El obrero latinoamericano:* Vicente LOMBARDO TOLEDANO.

9ª sesión: 1º de junio.

*La industrialización de Iberoamérica:* Gonzalo ROBLES.

10ª sesión: 8 de junio.

*La organización constitucional:* Vicente HERRERO.

11ª sesión: 15 de junio.

*El tirano en la América Latina:* José E. ITURRIAGA.

12ª sesión: *La articulación política iberoamericana:* (Según cuestionario.)

Todas las reuniones son en el domicilio de El Colegio de México, Pánuco, 63.

*Manuel F. Chavarría, Alfredo Pareja Díez-Canseco,  
Mariano Picón-Salas, José Antonio Portuondo, Luis Alberto Sánchez,  
José Vasconcelos, Jorge A. Vivó, Joaquín Xirau.*

# *Integración política de Iberoamérica*

*Antonio Castro Leal*

## *Política Internacional de la América Latina*

*Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation  
Humanities Open Book Program.*



*The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0  
International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>*

**JORNADAS-19**

**(Seminario sobre “La América Latina”)**

**El Colegio de México**

***Centro de Estudios Sociales***



*El Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, para cerrar el Seminario Colectivo sobre la América Latina, formuló a determinadas personas las preguntas siguientes: “¿Hay elementos que hagan posible una integración política —total o parcial— de Iberoamérica?” y “¿Tendrá Iberoamérica una política internacional unificada?” En la presente “Jornada” se ofrecen reunidas, siguiendo un orden alfabético de autores, las contestaciones que se recibieron. Espera el Centro contribuir con su texto al esclarecimiento, cada vez más urgente, de la realidad americana.*



# I

## INTEGRACION POLITICA DE IBEROAMERICA

Textos: 1, *de* MANUEL F. CHAVARRÍA; 2, *de* ALFREDO PAREJA  
DÍEZ-CANSECO; 3, *de* MARIANO PICÓN-SALAS; 4, *de* JOSÉ ANTONIO  
PORTUONDO; 5, *de* LUIS ALBERTO SÁNCHEZ; 6, *de* JOSÉ VASCONCELOS;  
7, *de* JORGE A. VIVÓ, y 8, *de* JOAQUÍN XIRAU



# I

Aguijoneado el Colegio de México por los grandes temas a que está vinculado el futuro de los pueblos indoespañoles, pregunta en esta Jornada de su Centro de Estudios Sociales: “¿Hay elementos que hagan posible una integración política —total o parcial— de Iberoamérica?”

Para dar a estas notas su justo valor, empiezo por decir que cuento con escaso acervo histórico, sociológico y político para dilucidar tamaña cuestión, y que aun cuando poseyera tal saber, acaso tampoco sería yo el más llamado a formular la respuesta que esa interrogante se merece, pues a más de saber hace falta sabiduría. Mas es lo cierto que estos temas políticos interesan sobremanera a quienes se ocupan de los problemas económicos contemporáneos, y a título de tal —que no como erudito ni menos en calidad de entendido en ciencias políticas— me atrevo a expresar con cierto desaliño mi apreciación personal del asunto.

En la etapa que han alcanzado los más nobles representantes del sentimiento y la inteligencia en los pueblos iberoamericanos, me parece indicado y prudente entender por política el conjunto de medios eficaces para garantizar el desenvolvimiento general de un conglomerado humano, a fin de proveer a sus necesidades según los dictados de la época. Quizá no cuadre del todo esta definición con las ideas y tendencias consuetudinarias del Viejo Mundo, donde la lucha por el poder ha llevado al hombre a confundir la política con toda suerte de propósitos y ardidés inmorales, que llegan hasta contrariar la conveniencia elemental del género humano. Acaso tampoco se acomode esta noción de la política a la mente de los Estados Unidos —trasplante puro de Europa a América y, como tal, aquejado también del mal de poderío y predominio frente al prójimo—, y menos puede ajustarse al pensamiento japonés, el cual no pasa de ser una versión servil de lo europeo con la desfiguración grotesca de la caricatura. Pero para Iberoamé-

rica, que jamás jugó con los destinos ajenos, que nunca se afiebró por la balanza del poder y que en cambio sufre desde hace siglos el peso del dominio extranjero en una u otra forma; para esta parte de América que sigue siendo hogar de indios explotados y vilipendiados, sí cabe definir la política como un arte que persigue, fundamentalmente, el bienestar y el adelanto del común de las gentes.

Casi es innecesario aclarar —máxime en este centro de nobles discusiones y cristalinas tendencias— que la significación de los términos “necesidades según los dictados de la época”, “bienestar y adelanto del común de las gentes” no comprende tan sólo aquello que los epicúreos llamaban “los placeres del vientre”, ni recae únicamente sobre el valor de los vocablos extranjeros, tan llevados y traídos, de “comfort” y “standard of living”, sino que también abarca aquellas exigencias espirituales más sutiles que se llaman equidad, fraternidad, seguridad, libertad y tolerancia. Dicho en palabras más rudas, pero también más claras, el fin que se persigue trasciende del terreno de la bestia que come, trabaja, se duele, reposa y se divierte, para elevarse al dominio del ser que siente, sueña y supera su propia materia tosca.

Tomada la política en esa acepción, digamos de paso que ella no hace sino iniciarse débilmente en Iberoamérica, a manera de brotes dispersos e inconexos a lo largo del vasto territorio con que contamos. Si geográficamente somos un continente, en lo político tenemos los rasgos de un archipiélago. México, Costa Rica, Colombia, Cuba, Venezuela, Chile y Uruguay van ya entendiendo los afanes del gobierno y el manejo de la cosa pública, como una cuestión de adelanto de la nación en general y de amplia satisfacción de las necesidades, no de una clase minoritaria y privilegiada, sino de la universalidad de sus componentes humanos. En cambio, para las grandes masas trabajadoras de lo más de Centroamérica, Santo Domingo, Perú, Bolivia, Ecuador y Paraguay, todavía no apunta el alba de la buena política: las mayorías laborantes continúan allí agobiadas de deberes y ayunas de derechos —ellas son el brazo propulsor de la riqueza, pero a la hora de repartir, les toca cuando más lo indispensable para la nuda subsistencia. La Argentina, en quien tanta esperanza pusiéramos los hispanoamericanos hasta hace sólo una década, vuelve al régimen de arbitrariedad e imposición, se deja dominar por la barbarie del man-

donismo, al igual de esas ciudades indostánicas que desaparecen devoradas por la invasión de la selva.

Exceptuando a la Argentina, el Uruguay y un tanto Chile, la mécula demográfica de nuestra América consiste en una mayoría abrumadora de indios. El indio americano ha desmejorado mucho en los últimos cuatro siglos y medio: en lo físico, a causa de la pobreza y de la expoliación que ha sufrido de parte de sus dominadores, y en lo espiritual, como consecuencia de haber perdido los valores básicos de sus culturas autóctonas, sin adquirir en cambio el sentido ni el vigor verdaderos de la cultura hispana. Para mayor desgracia, el negro africano, importado a nuestro suelo en calidad de auténtico esclavo, no solamente cayó en igual o peor desdicha que el aborígen, sino que además aportó sin quererlo un factor mental extraño y de pobre calidad, aumentando con ello nuestro desorden en el terreno del espíritu.

A pesar de semejante base humana, se ha pretendido entre nosotros sustentar instituciones políticas concebidas *in nubibus* conforme a las ideas liberales más avanzadas del siglo xvii inglés y del xviii francés, ignorando ingenuamente que lo político, con todo y ser una fuerza determinante, es en buena parte puro trasunto de lo social, de lo económico, de lo espiritual. El resultado ha sido —¡de sobra lo sabemos y con cuánta amargura lo confesamos!— que bajo las constituciones republicanas y liberales de flamante perfección, persiste en Iberoamérica el esquilmo inmisericorde de millones de proletarios, reina sin cortapisas un sistema de gobierno que varía entre el régimen de casta militar o latifundista y la pseudosatrapía, aunque esporádicamente surja algún débil amago de gobierno representativo del pueblo, algún impulso atrabiliario de justicia social y económica o algún buen deseo paternalista de “incorporar el indio a la cultura”, ímpetus todos que rinden frutos siempre pobres y a las veces muy amargos.

¿Es posible, con semejante substrato humano preponderante, que todas o algunas naciones iberoamericanas se unan o integren, como se dice ahora, para lograr el mayor bienestar de la universalidad de los ciudadanos? Creo francamente que esos elementos son los menos propicios para determinar una integración política de los pueblos iberoamericanos que tuviese por fundamento el libre consenso popular. La voluntad general no puede producirse cuando las personas llamadas a otorgarla carecen de la educación y la experiencia políticas necesarias

para opinar sobre un problema de tal trascendencia. Además, Iberoamérica carece actualmente —y quién sabe hasta cuando seguirá careciendo— de propulsores reales de esa cruzada, de hombres que además de pensar con precisión y amplitud, se ocupen de persuadir y orientar al campesino, al obrero, al minero de nuestras comarcas dilatadísimas. Las fronteras políticas de América Indoespañola no han dado por único resultado dividir y contraponer pueblos de estirpe e intereses comunes: también han determinado en el hombre mismo un raro extravío de la conciencia, que le incapacita para aprehender y comprender de manera directa y global los problemas de nuestra comunidad de pueblos, pues sólo los columbra a través de una rendija, como si dijéramos, que tal cosa viene a ser en lo intelectual la parcela natal del político o pensador iberoamericano. El iberoamericano coloca a su propia provincia o país entre él y el resto de América, situación que no le deja contemplar el conjunto de frente, sino colegirlo apenas; así resulta que su observación es una especie de ardua aventura visual por el ojo de la llave: espía a América a pedazos, fragmentariamente, y ella le parece como un juego inordinado de rompecabezas, porque él no está situado convenientemente para percibir su complementaridad ni su cabalidad.

Pero hasta esa visión deficiente sólo la poseen los escasos elementos hispanos y mestizos de nuestros países, ya que los indígenas, por estar al margen del alfabeto y de la cosa pública, desconocen enteramente la existencia de nuestra América como un todo. Nadie puede engañarse ni inducir a la ilusión a los demás suponiendo que los indios de Guatemala, de la Olla Amazónica o de las Serranías del Alto Perú, por ejemplo, conciben una comunidad continental, siquiera fuese en forma de tenue nebulosa.

En vista de la incapacidad actual de la inmensa mayoría de hombres de América para pensar, interesarse y decidir sobre su propio destino político, podría ocurrirse que la conquista puede ser un medio de compactación de nuestros pueblos. Sin embargo, semejante procedimiento —fuera de adolecer de los vicios propios de la violencia— carece en absoluto de viabilidad en este Continente. En la región del Caribe, llamada en la nueva jerigonza imperialista “The American Mediterranean”, la fuerza y los intereses del poderío norteamericano se opondrían rotundamente a que uno cualquiera de los países hispano-

americanos sometiera por medio de la violencia a los restantes e integrara con ellos una nueva potencia. La actual división de la región del Caribe en pequeños países débiles e inhábiles para defender sus intereses comunes mediante acción colectiva, significa un elemento de seguridad inapreciable para los Estados Unidos, quienes ahora no necesitan preocuparse de la amenaza potencial o real de un vecino poderoso; y geográficamente, el Mar Caribe, con sus archipiélagos y tierras firmes adyacentes, hace parte inherente del sistema de defensas continentales y comunicaciones internas del “Coloso”. Antes que un canal interoceánico, la vía transistmica de Panamá representa una puerta que comunica el frente con la parte posterior de la casa del Tío Sam; las Bahamas, Cuba, Haití, Santo Domingo, Puerto Rico y las Pequeñas Antillas, más bien que islas llamadas a sustentar buenamente a una población traída contra su voluntad del Africa, desempeñan la triple función de espacio fronterero, jardín decorativo y verja protectora de la mansión; y nosotros —México, Centroamérica, Colombia y Venezuela— tenemos la categoría de vecinos pobres con techo arrimado al muro de la ciudadela, siempre prestos a defender la causa del señor, tanto por obediencia como por propia conveniencia. No en vano el buen instinto del imperialismo yanqui —que hasta hace pocos años se revelaba sin ambages como “big stick”— gustaba de designar al Caribe con el nombre muy significativo y muy romano de “Mare Nostrum”. Es lógico suponer que si en el siglo pasado los Estados Unidos no permitieron que la amenaza de grandes potencias extranjeras sentara reales en Alaska ni en México, menos van a consentir en pleno siglo xx, después de determinar dos veces la victoria en contiendas de ámbito mundial, que se les incube en el propio vientre y bajo sus propias barbas una potencia americana capaz de aflojar los sillares de su edificio imperial.

Por lo que se refiere a Suramérica propiamente dicha, no solamente prevalece allá similar pulverización política, sino que reina además una sórdida animadversión entre los diversos estados que la componen. Si la región del Caribe ya esta harto debilitada con sólo la división política, Sudamérica tiene, por encima de este mal, una dolencia que le corre la propia entraña: la balkanización. Allá no hay estados que vivan ignorándose mutuamente, como es regla entre nosotros; allá hay, al contrario, mucho interés por el país hermano y vecino. Pero ese interés obedece a tendencias pugnares, a ambiciones territo-

riales, a pretensiones de irredentismo, al enclavamiento de unos y al abuso de quienes ejercen derechos de posesión sobre la boca de un río o la franja de tierra por donde pasa un ferrocarril que conduce al mar. En la América del Sur existe todo lo necesario para balkanizar, para *polonizar*, a más y mejor, las relaciones internacionales de nuestros hermanos: grandes ríos cuya navegación es vital a varios estados, países enclavados, territorios remotos donde colindan múltiples naciones cuyos derechos soberanos se basan puramente en títulos históricos discutibles y no en la posesión efectiva, rencillas vivas que arrancan de despojos territoriales recientes o del descubrimiento de valiosas riquezas naturales en territorios que ayer no más eran en realidad bienes mostrencos, etc. etc. Para mayor abundamiento, en ese cuadro figura el extrañamiento espiritual del Brasil por parte de los demás países, rasgo que no es sino una modalidad americana de la antigua desavenencia entre lusitanos y españoles de la Península.

Agréguese a lo anterior el caso de la Argentina, nación de *cuño* recientísimo, carente de esa fibra dura que es la tradición colonial española, y hermana nuestra sólo a medias, pues que le falta el elemento indígena y tiene en cambio el aporte extranjero de italianos, judíos, polacos y alemanes.

Finalmente, téngase presente que la Argentina y el Brasil han introducido en el juego político sudamericano una carta nueva: la tendencia imperial. Esta bien podría ser un elemento de integración política que se iniciara por la penetración económica y cultural del resto del hemisferio y rematara con la fuerza de las armas, siempre que el Brasil y la Argentina pudiesen disputarse libremente el predominio en Sudamérica. Pero, amén de que los agrupamientos eventuales y transitorios de los estados menores tendrían fuerza suficiente para contrarrestar la acción conquistadora de cualquier nación sudamericana, la intervención de los Estados Unidos frustraría todo intento de anexión de territorios y población de parte del agresor. Es evidente que la formación de una potencia importante en la región austral del continente también contrariaría los intereses del Tío Sam, porque introduciría un contrapeso en el equilibrio panamericano a base de hegemonía yanqui y debilitaría potencialmente la primera línea de defensas exteriores norteamericanas. Las fuerzas de marina y aviación norteamericanas necesitan que Natal en el Sur y Terranova en el Norte

estén siempre en manos fieles y seguras, como que constituyen sus puestos avanzados en el Atlántico. El excesivo fortalecimiento del Brasil o de la Argentina implicaría, para Wáshington, una mengua de su seguridad en el Atlántico sur y un dardo apuntado siempre hacia "The American Mediterranean".

Debido a su condición de potencia mundial por excelencia, los Estados Unidos se verán cada día más envueltos en la tremolina política europea y, como nación precavida, procurarán siempre llevar la guerra al otro lado del Atlántico antes que sus enemigos vengan a librar combate en aguas y tierras americanas. Esta sola razón geopolítica bastaría para afirmar que los Estados Unidos recurrirán a todos los medios, incluso el de la fuerza, a fin de anular cualquier movimiento encaminado a constituir una potencia importante en el sur de América. Una atenta consideración de la actitud norteamericana frente a la contumacia de la Argentina con ocasión del conflicto bélico actual, despejará cualquier duda que pudiera abrigarse respecto a la viabilidad de una nueva potencia sudamericana en el futuro cercano.

A esta altura de nuestro discurso y después de señalar los factores adversos a la unión política de los países iberoamericanos, viene al caso escudriñar un tanto las razones que nos inducen a buscarla.

Recordemos, desde luego, que la América precolombiana jamás conoció la unidad, siendo sus instituciones, sus razas y sus lenguas muy diversas de una a otra parte del Continente. Más aún, las naciones indias anteriores a la conquista no habían alcanzado el mismo grado de civilización y eran presa de rivalidades tan feroces, que siempre hubo entre ellas quienes se aliaran al invasor español para ir a combatir a otras con mayores visos de éxito. Sin las divisiones y rencillas que prevalecían entre los pueblos indígenas, la conquista de América hubiera sido mucho más cruenta y ardua. De manera, pues, que la historia precolombiana no ofrece antecedentes a los cuales pudiera atribuirse esta inquietud nuestra por la unificación política de Iberoamérica

A mí me parece que el verdadero antecedente histórico de la unidad iberoamericana, es la obra colonial del imperio español. La dominación hispana creó y sostuvo durante tres siglos un sistema de comunicaciones marítimas y terrestres entre las distintas partes de América, introdujo el vehículo intelectual común del idioma castellano, borró

casi por completo la diferencia de religiones y plantó en su lugar el catolicismo, inculcó profusamente la concepción moral de la vida derivada del cristianismo y obligó a todos los Virreinos y Capitanías americanas a reconocer a la Península como centro político cultural y administrativo para todos los asuntos de importancia. La colonia representa, desde el punto de vista que ahora nos interesa en este Seminario del Centro de Estudio Sociales, la estructuración política, cultural y material de vastos territorios y múltiples enjambres humanos dentro del mayor imperio conocido. El denominador común de Iberoamérica arranca de lo español y no de lo indio.

Una vez roto el vínculo imperial por la guerra de independencia, surgen los particularismos de los criollos y mestizos dominantes, que, faltos de una rienda central que les sofren la pasión y la ambición, se lanzan a parcelar políticamente a América, anulando el esfuerzo que hacen los libertadores por conservar, siquiera en parte, la unidad. Entonces resulta que el elemento humano de origen español se torna factor de división, fuerza desintegrante e incoherente, quedando como elementos potenciales de reunificación, la cultura hispánica —fuerza activa— y, en calidad de campo de acción, la enorme masa indígena, homogeneizada por su ignorancia, uniformada por la pobreza, apaciguada por la opresión, solidarizada dentro del infortunio.

A pesar de la crasa ignorancia y del extremo abandono en que vegetan, los múltiples millones de indios americanos ofrecen un material humano que se presta a la integración política de Iberoamérica: ellos no tienen arte ni parte en las pendencias nacionalistas que desgarran a nuestros estados desde hace más de un siglo; ellos son ajenos al sentimiento de menuda nacionalidad originado y fomentado por los blancos y mestizos que disfrutaban del poder económico-político en cada estado; ellos, por la misma razón, no pactan ni cohechan con los intereses extranjeros que mantienen la división y azuzan las querellas entre pueblos hermanos; ellos son, simplemente, parias en lo económico, ilotas en lo político, descartados en lo social y, por consiguiente, constituyen la sólida argamasa humana de las reivindicaciones económicas, políticas y sociales.

De cuanto queda expuesto deduzco que no hay por ahora elementos determinados de la integración política de Iberoamérica en el futuro próximo, ya sea que el calificativo de política se entienda conforme a

la definición propuesta al principio de estos apuntes, ya sea que se le interprete como un aunamiento de recursos naturales y elementos humanos para participar con ventaja en la lucha por el poder según la vieja usanza europea.

Réstanos por saber, entonces, por qué, a pesar de tanta fuerza adversa a nuestro deseo de unificación iberoamericana, insistimos en ella va ya para cuarenta años. A mi entender, la razón es clara: la independencia política que ganamos en el siglo XIX fué sólo una ilusión, porque permitió que América volviera a dividirse y la división abrió la puerta a un tipo de imperialismo económico más astuto y voraz que el español. Al separarnos de España a principios del siglo pasado, los americanos éramos dueños de todas nuestras riquezas. Cien años más tarde —cuando D. Manuel Ugarte recorrió el continente propagando el credo unionista— habíamos alienado casi toda nuestra minería, riqueza básica de la economía iberoamericana; los ferrocarriles habían sido construídos por extranjeros, para satisfacer necesidades de otros países y enriquecer a empresarios de otras partes cuya maña para enriquecerse jamás igualaron los españoles; todas nuestras mercancías navegaban bajo bandera extraña, y todas las altas finanzas eran patrimonio exclusivo de ajenas manos. Idéntico destino corrieron el petróleo, el banano, el azúcar y —para colmo de males— el guión interoceánico de Panamá. Comparadas con esto, las manos muertas de antaño cobraban el porte moral de auténticos benefactores.

Fué entonces cuando nuestros hombres de pensamiento esclarecido percibieron distintamente que necesitábamos dos cosas: 1ª capacitar al trabajador del campo y de la mina —al paria indio— para participar en los problemas de la cosa pública, empleando para ello las leyes, la economía y la escuela. Esta debe ser, hablando con propiedad, la etapa primordial de nuestra integración política. 2ª Propiciar el acercamiento, la comprensión mutua y la solidaridad total o regional de nuestros países, usando para lograrlo de todos los medios culturales, materiales e institucionales de orden jurídico. Y este ya sería un segundo jalón del proceso que nos preocupa.

Finalmente, el desarrollo en gran escala de la economía iberoamericana sacará a la masa india de la ignorancia y la postración, la convertirá en un proletariado revolucionario y, si se afianzan en éste los valores más altos de la cultura hispánica, la América indoespañola

puede alcanzar su integración política como consecuencia de una genuina revolución económico-social. El adelanto de la economía moderna, el progreso de la organización de los trabajadores y la difusión de la escuela pública constituirán, a mi ver, el soporte de nuestra futura unificación política. Claro está que este futuro no es mañana ni pasado mañana, sino tal vez el fin del siglo; pero, al cabo, la menor unidad para computar la vida de los pueblos es la generación.

Y si los hombres que entre nosotros tienen por oficio pensar, dedican su inteligencia a impulsar esas tres fuerzas del progreso, a la vez que aprenden las lecciones objetivas que Rusia ha impartido al mundo —tanto por lo que se refiere a satisfacer las necesidades humanas, como por lo que reza con aunar fuerzas para influir sobre la balanza del poder— y siguen de cerca los pasos que empieza a dar la profunda sabiduría china en el campo de la política, la América Indoespañola contará con guías capaces de encabezar y apresurar la aventura más grande, más noble, que la gravedad del futuro reserva para nosotros.

Manuel F. CHAVARRÍA

## 2

Preguntar a un iberoamericano si hay elementos suficientes para una integración política de Iberoamérica, es, a mi juicio, adelantar la respuesta afirmativa. Sería, claro está, caer en el lugar común de la repetición oficial, señalar la comunidad de origen, el vehículo del idioma, los análogos regímenes políticos, por más que en el sustento de estas palabras haya, sin duda, una parte no despreciable de verdad. Por sobre toda consideración aparente, parece que en Iberoamérica vive una especie de vocación milagrosa por la solidaridad continental, primero, y, después, y como explicación profunda, por el agrupamiento político, capaz de conducirla hacia una fuerte y gran nacionalidad. Así durante el dominio español, cuando, allá por los siglos XVI y XVII, decían los monarcas hispanos que las colonias americanas deberían siempre permanecer unidas. Así también cuando se firma el tratado de paz entre España y Portugal y se advierte que, si ambas potencias estuvieren en guerra, la paz en las colonias no padecería alteración. Era acaso la presencia de una nueva calidad en los destinos universales lo que obligaba a este pensamiento político, aunque el interés inmediato dictaba, no haya duda, tales aseveraciones. Sólo que hay que señalar que siempre hubo un mensaje casi exclusivo a Iberoamérica: el de la independencia y el de la unidad continentales.

Llegado el momento de insurgencia, desde el precursor Miranda se proyecta la confederación. Desde Chile, con Martínez de Rosas y Juan Egaña, se pide una sola Nación y un solo Estado. De Centroamérica, surge la voz de Cecilio del Valle. En México, Hidalgo y Morelos se llaman generales de América. Y, por último y por sobre todos, la ansiedad torturante de Bolívar distribuye los sueños fértiles y concreta, en la Carta de Jamaica, situaciones que aún hoy permanecen en vigencia.

No era sólo la necesidad política: era la voz auténtica de la tierra ancha y desconocida; era el mensaje de un hombre atónito y abandonado en una aterradora geografía. Nadie podía ni debía pensar en

pequeño ante la inmensa naturaleza que le rodeaba. El instinto del hombre americano, su capacidad vital, sus propios sentidos escrutadores, le conducían a esbozar la ecuación política salvadora: ganar la guerra por la unión, y luego, como finalidad positiva en la creación libertadora, hacer perdurable esa unión. Preguntad a cualquiera, preguntad al hombre de la calle, que es el que siempre nos da la mejor y más simple, por ello, respuesta. Veréis iluminado su rostro y advertiréis la calidad profunda del hombre iberoamericano, creciendo de ansias ocultas por una sola e inmensa patria.

Empero, la conformación de muchos de nuestros países no respondió más que al sentido romántico de la Independencia. Una especie de sabiduría enciclopédica de la vida trazó los esquemas de los Estados. Una necesidad política inmediata, en plena beligerancia, acusó la forma geográfica de algunos países nacidos después de las batallas o a merced de las ambiciones militares. La realidad americana era aún inasible. Para la voz auténtica había sordera y se miraba con las manos, como los ciegos, para encontrar el aposento de la meditación adecuada. Estructura positiva, preocupación económica, estudio de las correlaciones de producción y de consumo, nada de esto se acuñó en el pensamiento de los libertadores, seguramente porque, en aquella época, la preocupación de la guerra y la falta de técnica en el manejo de las verdades económicas, constituían obstáculos casi insuperables. De esta suerte, el vínculo nacional de algunos países resultó quebradizo, y la frecuencia internacional se vió sacudida por periódicas crisis que turbaron la paz en Iberoamérica y sirvieron para despojar, en parte, a los pueblos iberoamericanos de aquel sentimiento continental que tanto se adueñó de los espíritus en los principios del siglo XVI.

Vino después el lento proceso de integración nacional, el encerramiento en condiciones propias al medio geográfico, a las veces, o al interés político interior en la mayoría de los casos. Y a más, las corrientes nacionalistas occidentales, la ambición de los caudillos bárbaros o de los dictadores ilustrados, fueron tornando en irrisorio todo pensamiento generoso de integración iberoamericana. Había pasado el tiempo de los políticos poetas, y a la calidad de la creación no se le concedió, por desgracia, otra asignatura que la superficial y llena de riesgos práctica egoísta de hacerse fuertes desconfiando del vecino.

Ha sido, acaso, un proceso necesario. Por él conocimos mejor la dimensión de nuestra verdad. El orgullo nacional nos condujo desde lo pintoresco hasta el diálogo del hombre con la tierra. Aquí surgió ya el problema profundo, de adentro hacia afuera, el de expresar en términos universales el conocimiento interior. Y como las condiciones esenciales que posee el hombre iberoamericano para la integración de una poderosa vida en común jamás desaparecieron, salvo en las posturas oficiales, esto es, en la superficie, otra vez un momento propicio, y de más positivas posibilidades, se presenta para la integración política de Iberoamérica.

Estudiar los medios jurídicos, políticos o económicos para la integración política de la América Latina, es tarea de muy ancho trabajo. Ningún conocimiento apresurado sería bastante para señalarlos. Sabemos que los propios elementos, surgentes del pueblo iberoamericano, nos darán los instrumentos necesarios para la realización. Hay que recordar que la guerra de hoy nos ha traído fresca a la memoria y urgencia en los procedimientos. Hasta ahora, el derecho público americano, obediente, muchas veces, a intereses de países mayores, no ha tenido, a la verdad, vigencia positiva ni auténtica estructuración. Bastaría recordar las primeras conferencias panamericanas: discusiones de índole comercial, tarifas de aduana, derechos consulares, tratamiento de preferencia a ciertas mercancías. Muy peligroso, entonces, para nuestros pueblos confundir el panamericanismo —que debe, por otra parte, mantener vigor y expresión equitativos— con la unidad iberoamericana. Y habría que indicar que nada más efectivo en la cooperación continental que presentar, ante los Estados Unidos de Norteamérica, los Estados Unidos de la América Latina. La guerra, digo, volvió a hacernos pensar en la necesidad del agrupamiento. La post-guerra nos va a indicar caminos con toda la dureza de una situación que puede tornarse inapelable. Las economías de nuestros países se han movilizad<sup>o</sup> como economías de guerra. Toda nuestra producción hállase al servicio de las democracias. Toda el hambre de nuestros pueblos significa el aporte más extraordinario que hemos podido ofrecer. Y así, cuando los productos que hoy ayudan a ganar batallas no sean ya necesarios, nuestros débiles sistemas económicos se verán desarticulados, con una produc-

ción excedente que no tendremos adonde colocar, con una riqueza inflada que determinará nuestra veloz y tremenda pobreza. He aquí cómo una causa exterior nos viene a urgir, a aguzar el sentimiento, a despertar la vieja inquietud del pensamiento de esta parte del mundo. Evidentemente, nuestros países tienen capacidad de distribuir entre sí sus riquezas y capacidad también para asegurar a sus pueblos contra la miseria. Yo me atrevería a proclamar la primera condición que debería jugar para lograrse el agrupamiento político iberoamericano: la libertad económica de nuestros pueblos, la redención de grandes masas serviles, la exaltación de nuestro despojado hombre de trabajo. La unificación de los trabajadores latinoamericanos, iniciada con singular provecho, será, entonces, uno de los factores decisivos para inclinar las voluntades que aún estuvieren reacias al cumplimiento de los mejores deseos iberoamericanos. De esta suerte, una correspondencia de pueblo a pueblo, de trabajador a trabajador, prestará la solidez indispensable para el vínculo de nuestros países.

De otra parte, si fuere necesario indicar, entre tantos como pueden usarse, algunos de los medios que harán posible la integración política de Iberoamérica, acaso valdría la pena anotar los siguientes:

1. Una Universidad Ibero-americana, con intercambio de maestros y alumnos, y sostenida por todos los Estados de nuestra familia en América.

2. Una Corte Permanente, que discutiría y resolvería sin apelación los problemas latinoamericanos.

3. Un Banco Central Iberoamericano, formado con capitales de todos los bancos centrales de nuestros países, que vigilara y cuidara por la estabilización y unidad monetarias.

4. Un Consejo Permanente de Comercio e Industria, que comprendería el estudio técnico de la industrialización en Iberoamérica, de manera de evitar los conflictos entre análogas producciones, estimulando la industria específica a determinadas regiones y completándola con la de otros países.

5. Eliminación de pasaportes.

6. Eliminación de impuestos aduanales.

7. Estatuto de ciudadanía latinoamericana. Concesión de derechos civiles y políticos a cualquier ciudadano iberoamericano por el mero hecho de la residencia en un país.

8. Identidad en la legislación mercantil.
9. Similitud, en lo posible, en la legislación penal.

La tradición, el amor a la libertad, el propio conocimiento que del latinoamericano se tiene en Europa como de un ente, ciudadano de un solo conglomerado humano, y un sinnúmero de fenómenos nos conduce al agrupamiento. Y por sobre muchas condiciones, la causación política más inteligente, que nuestros hombres de gobierno deberían tener muy cerca para no equivocarse el dictado de la historia: es hora propicia para las grandes agrupaciones de Estados, porque es una garantía eficaz contra las agresiones y el medio más adecuado, por hoy, para una distribución técnica y justiciera de la riqueza.

Valdría, entonces, señalar que la integración de Iberoamérica acaso debería pasar primero por un proceso de formación de grandes bloques de naciones, tales como la Confederación Centroamericana, la de la Gran Colombia, la de Perú y Bolivia, etc. Otorgando a la cultura un rol preponderante, conviviendo en justicia, liberando al trabajador y al peón del latifundio, la frecuencia y similitud en el intercambio político, daría a los grandes bloques de naciones la oportunidad para acelerar el proceso de la Gran Confederación Iberoamericana.

La América que habla español y portugués no ha sido aún descubierta. Todavía el viajero de Europa y aun el norteamericano, espera ver en las costas cálidas cabezas cubiertas de plumas y torsos pintados de achioti. Esta América no fué descubierta: fué, nada más, conquistada, en la periferia. Y apenas si el adentramiento rozó la cultura y llegó a las entrañas donde el oro se encontraba. Su propia esencia vital, su signo y calidad ecuménicos aún están por conocerse. Desde el indio de las viejas culturas de México o el Perú, hasta el indómito araucano de Chile, una inmensa tristeza oculta al hombre americano. El mestizaje salvador sólo apunta como una seña conciliadora de los conflictos. La modernidad alcanzó rápidamente al iberoamericano y le dejó atónito, porque apenas si la condición nacional le estaba haciendo volver los ojos a la tierra, a la propia tierra que le sustenta. Aquí, entonces, las tendencias universales del espíritu comienzan a enderezarse hacia el caudal de lo auténtico, hacia

el pueblo. Ningún linaje de conocimiento podría turbar esta dirección hacia lo íntimo, donde la actitud del propio descubrimiento, afinada la tónica nacional, abre un proceso de extensión, de perdurable consistencia, únicas condiciones profundas para que se levante la grandeza de la Confederación de los Estados Iberoamericanos.

Alfredo PAREJA DíEZ-CANSECO

### 3

Es un lugar común (advertido de modo patético por las cabezas más responsables y previsoras de Hispano-América) que nuestras débiles naciones sólo saldrían del atraso técnico y de la poca resonancia internacional en que ahora vegetan, vertebrándose en organismos nacionales más poderosos; corrigiendo aquel anárquico divisionismo en que se disgregaron después de las guerras de Independencia. Hay razones históricas y geográficas que ofrecen un permanente alegato para esa vertebración. Si bajo Bolívar existió una Gran Colombia formada de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador; si en 1822 el “Imperio mexicano” abarcaba los límites del antiguo Virreinato, englobando la América Central; si la gran hoya del Plata-Paraná forma con Argentina, Uruguay, Paraguay una inmensa unidad geográfico-económica, estrechamente vinculada desde los más lejanos tiempos de la conquista y colonización; si los países del sur Pacífico (Perú, Bolivia, Chile) sostuvieron en el siglo XIX ásperos conflictos guerreros acaso por el mismo carácter complementario de sus respectivas economías, no hay ninguna razón aparente para que dichos grupos nacionales no se confederen solucionando en planos más vastos los conflictos de límites y la estructura tan cerrada de su vida económica. Chile, por ejemplo, requiere de los productos tropicales del Perú como los peruanos necesitan de las frutas, vinos y cereales de clima templado y de muchos de los artículos de la nascente industria chilena. Las altas barreras aduaneras que durante mucho tiempo se han erigido de país en país, servían a los gobiernos como arma de política interna, mantenían una producción estacionaria o sacrificaban el auténtico interés de las masas. Alimentos y subsistencias básicas no son todavía accesibles a inmensos núcleos de la población hispano-americana. Los derechos de importación sobre el ganado argentino impiden, por ejemplo, al pueblo chileno consumir carne barata; muchas de las Antillas tienen un problema alimenticio análogo cuando un país vecino —Venezuela— podría desarrollar en

sus grandes llanuras herbosas una potente industria ganadera que cubra no sólo el mercado interno sino el del superpoblado archipiélago caribe. Mirada de modo global esta, hasta ahora, utópica confederación hispano-americana, no presentaría mayores contrastes y diferencias entre los respectivos países que los que en los Estados Unidos hacen distintos a Massachusetts de Georgia, a Wisconsin de Louisiana.

Si desde un punto de vista lógico y con el apoyo de la tradición histórica y de la necesidad de crear una economía más próspera, es concebible la integración hispano-americana en grandes grupos regionales como preludeo de un sistema federativo total, hay que preguntarse (ya que la Lógica no rige a la Historia) cuáles son los obstáculos que impiden el proceso unificador. La tarea política y cultural de los próximos años será disminuir las causas de fricción y separatismo y preparar el ambiente para un acercamiento más eficaz. Conspiran en América contra el ideal bolivariano de unión, factores psicológico-históricos como los siguientes:

1. El caudillismo regionalista que después de consumadas las guerras contra España prevaleció en casi todos nuestros países. El mapa del continente reproducía en escala más vasta los problemas internos de división, predominantes en cada grupo nacional. ¿Por qué extrañarse, por ejemplo, de que brotara la discordia entre peruanos y chilenos cuando en el propio Perú luchaban arequipeños contra limeños; gente de la sierra con gente de la costa; cuando en un país escasamente poblado como Bolivia los conflictos cantonales —de La Paz contra Chuquisaca, de Cochabamba contra La Paz o Chuquisaca—, asumieron en ocasiones la mayor aspereza? Este cantonalismo criollo acentuó la hipertrofia de cierta historiografía cerradamente nacionalista que negaba los méritos o disminuía la importancia del país vecino. Se creaba entre los héroes de cada “polis” un conflicto o rivalidad imaginaria, muy semejante a la que debieron conocer los griegos en el alba de su vida histórica. He conocido venezolanos que pensaban que no se podía amar a Bolívar sin injuriar a Santander. Del mismo modo, en Colombia, los conservadores trataron de acaparar para su grupo el culto del Libertador, mientras muchos liberales

profesaban un “santanderismo” exclusivista y fanático. Quien viaja por Hispano-América tiene que vencer una serie de nimios prejuicios que, so capa de patriotismo, se levantaron como falsas fronteras espirituales entre una y otra nación. Por un curioso proceso de transferencia psicológica la inferioridad técnica o económica que sentía cada país trataba de sublimarse destacando o inventando ciertos mitos colectivos. El valor guerrero, lo que en México se llama “el machismo”, fué uno de esos mitos cantonales. El país *A* desdeña al país *B* porque sus hombres —según la interpretación casera— son los mejores soldados y los “más machos” de América. Hasta factores puramente naturalísticos como el clima, fueron objeto de una arbitraria idealización. En los países de zona templada de la América del Sur —Chile, Argentina, Uruguay— durante algún tiempo se habló con desdén de los países de la zona tropical atribuyéndoles cierto destino de inferioridad. Un obcecado y disparatado escritor chileno, don Nicolás Palacios, escribió, por ejemplo, un pintoresco libro en que trataba de demostrar que sus compatriotas eran los más “arios” de toda la América, descendientes directos de los godos. Y aquellos teóricos de la “zona templada” no sólo olvidaban la Geografía, ya que la altitud en los países ecuatoriales modifica localmente las condiciones climáticas, sino también que, por contraste, muchos de los grandes hombres de América desde Miranda, Bolívar, Bello, Benito Juárez hasta Rubén Darío nacieron en los trópicos, y durante la guerra de Independencia del Perú los soldados venezolanos y colombianos de Bolívar y Sucre no eran en nada inferiores a los “gauchos” de San Martín.

2. También nos ha aislado el “colonialismo” espiritual, el permanente remedo de Europa en que quisimos vivir. El caso de una rica escritora argentina que cuando quiso fundar y ser la Mecenas de una revista literaria llamó a Madrid por el costoso hilo telefónico a Ortega y Gasset para preguntarle como debería bautizar su publicación, ejemplariza este colonialismo. Con mayor proximidad y menor costo dicha escritora podía haber hecho la misma pregunta a Lugones o a Ricardo Rojas, pero entonces el gesto hubiera carecido de la elegancia ultramarina de que deseaba adornarlo. Estoy seguro

que de un gran concurso entre escritores hispano-americanos habría surgido una mejor biografía de Bolívar que la apresurada y bien pagada que escribió el señor Ludwig, quien ni siquiera se dió el trabajo de tomar unas lecciones de español para entender el estilo de su héroe. Nos dió un Bolívar europeo, el de las andanzas juveniles en París, Viena y Roma y no el Bolívar suramericano y venezolano, el de Caracas, Cartagena, Angostura y Pativilca, que es el que necesitamos más. Cuando en Venezuela, bajo la dictadura de Gómez, los buenos pintores venezolanos se morían literalmente de hambre, se le encargó a un aventurero francés la costosa decoración mural del Ministerio de Relaciones Exteriores y la hizo como si se tratara de un cabaret colonial en Dakar. El nuevo gobierno —con muy buen gusto— tuvo que revocar las pintarrajeadas paredes. Y así podrían multiplicarse los ejemplos. Al mirar las vitrinas de las librerías en las ciudades hispano-americanas tenemos otra imagen directa de ese “colonialismo” espiritual: editores europeos a quienes la tormenta reciente trasladó a América, nos ofrecen la centésima edición de “La Gaviota” o de cualquier libro ya definitivamente muerto del siglo XIX español, pero faltan las obras que nos informen del desarrollo histórico y social de nuestros respectivos países; no tienen mercado o no se les quiere hacer un mercado. A un Sanin Cano o a un Alfonso Reyes les costaría más en América vivir de lo que escriben que al peor Pitigrilli o al peor Dekobra emergidos de la pornografía internacional. En lo que en nuestros países se llama la “educación humanista” adolecemos del mismo defecto: es posible que un estudiante chileno describa con toda clase de detalles la batalla de Azincourt o cualquiera de los combates de la “Guerra de cien años” pero que ignore lo que está más próximo y debiera interesarle más: la batalla de Ayacucho. Por aquí, como soslayando el tema o tomándolo por los ángulos, nos acercamos a los medios que deberíamos utilizar para comprendernos mejor. Anoto, como al desgaire, algunas sugerencias para una política hispano-americana en el terreno de la cultura:

1. Que en las escuelas y colegios del Continente se le dé creciente importancia a la historia hispano-americana no sólo como materia erudita o puramente informativa sino acentuando los rasgos comunes

de nuestra formación histórica; los fenómenos característicos del proceso social, el aspecto complementario (y hasta ahora dependiente de consorcios capitalistas extranjeros) de nuestra economía;

2. Que se haga accesible a las masas en ediciones baratas y del modo más atrayente, lo mejor de la literatura, la tradición artística y el folklore de los países hispano-americanos;

3. Que sucesivamente en distintas capitales funcione un Instituto de Cultura y Cooperación intelectual hispano-americana, costeado por los respectivos países, bajo la dirección de destacados especialistas, que ordene y divulgue los materiales para el conocimiento recíproco;

4. Que en cada capital se establezca para información de los estudiosos un Archivo y biblioteca hispano-americanos con materiales de toda índole (Historia, Ciencias Sociales, Geografía, Administración, Economía, Bellas Artes, etc.);

5. Que se sigan fomentando las becas y viajes de estudio inter-americanos; el intercambio de profesores y estudiantes y se organicen dentro de las Universidades cursos monográficos sobre nuestros pueblos;

6. Que se formen sociedades juveniles (deportivas, artísticas y folklóricas), análogas a los famosos "Sokol" que funcionaron en las naciones eslavas de Europa para fomentar la amistad y más estrecha vinculación entre los jóvenes del Continente;

7. Que con la cooperación de los establecimientos de alta cultura que ya existan en las capitales hispano-americanas se emprendan obras de conjunto cuidadosamente dirigidas sobre la Historia, la Geografía, el Arte y la Literatura de nuestros pueblos y que estas obras sirvan para información de bibliotecas y centros escolares de cada país.

La crisis cultural de Europa nos está obligando y nos obligará dentro de los años que vienen a valernos por nosotros mismos, y a animar en América una serie de estudios e investigaciones que antes no nos hubiéramos atrevido a emprender. Las Universidades hispano-americanas que hasta ahora, con muy contadas excepciones, fueron repetidoras de libros europeos, se verán requeridas por el cúmulo de problemas que ya aparecen en el horizonte a cambiar sus fáciles

y mecánicos métodos: a planear un conocimiento más directo y concreto de las realidades nacionales; a adiestrar las gentes que deben dirigir la marcha de Hispano-América hacia un destino mundial, más responsable y consciente. Y un más activo canje de noticias, de observaciones, de estudios sobre los problemas comunes; un préstamo mutuo de nuestro capital técnico e intelectual, preparará el ambiente para la deseada identificación. Será un día magnífico para la cultura hispano-americana cuando el especialista o el investigador de Buenos Aires esté más atento a lo que haga su colega de México o viceversa, que la actitud anterior de no hacer nada hasta no recibir el estímulo o la aprobación que venía de París o Berlín.

Quando hablo de la "cultura hispano-americana" considero la necesaria amistad o atención que debemos prestar a los Estados Unidos. Pero el diverso proceso histórico, los diferentes valores sobre los que se edifica nuestra imagen del mundo, hacen todavía difícil una cooperación espiritual con el poderoso país vecino, que vaya más allá del aporte tecnológico, tan desarrollado en la civilización norteamericana. Porque los hombres cultos de Estados Unidos vivieron como nosotros vueltos hacia Europa, se tiene en aquel país una visión todavía demasiado simplista y esquemática de nuestra cultura y nuestra psicología. Por desgracia, lo que el hombre medio de Hispano-América recibe con más frecuencia y abundancia de los Estados Unidos no son los altos productos de su cultura, sino sustitutivos y resúmenes; las ingenuas recetas pedagógicas o el bárbaro español de emergencia en que se traducen las "Selecciones del Reader Digest". Esa cooperación cultural entre las dos Américas de que hoy, y con motivo de nuestra alianza contra el fascismo, tanto se habla, no podrá cumplirse con la prisa espectacular que han querido imponerle nuestros vecinos; debe ser el producto de un estudio y comprensión más seria que esas heterogéneas "jornadas ibero-americanas" que organizan muchos colegios, clubs y universidades de los Estados Unidos en que se pide a un orador que hable veinticinco minutos en un círculo de señoras aburridas de todo lo que debe saberse "about Latin América" desde Cristóbal Colón hasta Lázaro Cárdenas pasando por Bolívar, San Martín o Benito Juárez. Y entretanto, mientras puede cumplirse en un nivel de más alta calidad, ese intercambio panamericano de culturas (que no impide, por otra parte, la cooperación económica y el

franco trato político) nos es más urgente el entendimiento espiritual de un grupo de pueblos para quienes Bello, Sarmiento, Justo Sierra o Rubén Darío no son nombres extranjeros.

Las sugerencias políticas y económicas para preparar esta vertebración de nuestros desunidos países nos llevaría mucho más allá del ceñido marco de esta encuesta. Desde la ciudadanía común, el “zollverein” aduanero y los estudios para racionalizar una economía continental, hay una serie de etapas por cumplirse. Nada de ello podría realizarse, sin embargo, con garantía de permanencia y validez, si no se tiene el respaldo de una política popular.

Las dictaduras y regímenes tiránicos que prevalecieron y aún prevalecen en varios estados hispano-americanos crearon conflictos con la nación vecina o mantuvieron el espectro de posibles guerras como un medio de soslayar la angustiada política interna. Se producía la fácil infección patrioterica para que no reventase el fastidio interior contra el tirano. Los pequeños Tayllerand que a veces dirigieron nuestras cancillerías cultivaron, también, la diplomacia secreta, las manipulaciones e intrigas que remedaban en escala minúscula, las de las naciones europeas. Aunque los congresos internacionales, las reuniones de expertos, los acuerdos económicos y financieros sirvan para vencer muchos prejuicios y entendernos mejor, la unión hispano-americana es ante todo una gran empresa histórica que requiere el entusiasmo y la fe de los respectivos pueblos; que debe penetrar no sólo en la política hermética de las cancillerías sino en la cotidiana política de la calle. ¿Habrá políticos, hombres de acción, líderes intelectuales que, con posibilidad de eco, se atrevan a lanzarla en sus respectivos países?

Ya se ha dicho que la gran política no sólo debe atender a circunstancias inmediatas sino preparar, también, la utopía y el ámbito de las futuras generaciones. Por el momento, y dada nuestra interdependencia de los grandes estados capitalistas, y el cúmulo de problemas internos con que se enfrenta cada país nuestro, la unificación hispano-americana aún parece utópica. Pero es el más alto mito en que debemos creer; la aspiración que nos eleva desde nuestra posición de semi-colonias de las grandes potencias industriales a la verdadera autonomía nacional. Y echar a rodar ese sueño no es de nin-

guna manera infructuoso; crear la conciencia de semejante necesidad constituye nuestra previsión y conquista más audaz en el porvenir. Acaso con el ritmo velocísimo que está adquiriendo la Historia, el problema (que hoy nos parece tan lejano), se nos acerque de tal modo, que sea ya el más determinante e inaplazable en nuestra órbita de gravedad histórica.

Mariano PICÓN-SALAS

## 4

*De pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan de un pueblo a otro los hombres nuevos americanos.*

*(José Martí)*

### 1. *América invertebrada*

En más de una oportunidad, en las sesiones del presente Seminario sobre “La América Latina” se ha hecho hincapié, desde ángulos diversos, en lo que podríamos llamar, echando mano a una feliz denominación de Ortega y Gasset, la *invertebración* de Iberoamérica. Es indudable que el examen, aunque sea esquemático, de las causas de tal ausencia de integración americana y el de sus posibles remedios, dará cumplida respuesta a las cuestiones que nos han sido planteadas en la forma siguiente:

1. ¿Hay elementos que hagan posible una integración política —total o parcial— de Iberoamérica? ¿Cuáles son y qué valor les asigna usted?

2. ¿Qué medios —jurídicos, políticos, económicos, etc.— pueden ponerse en juego para lograrla?

3. ¿Qué fases o etapas podría tener ese proceso de integración?

Las causas de la invertebración iberoamericana que han prevalecido por encima de indudables elementos integradores —comunidad de territorio, de lengua, de cultura, etc.—, pueden reducirse a las siguientes:

a) *Geográficas*. Dentro de la cerrada unidad del continente con sus mares interiores e islas adyacentes, las dificultades naturales mantienen todavía la separación de las diversas naciones iberoamericanas y hasta de regiones distintas de una misma nación. En México, Yucatán está, en todos los aspectos, más cerca de Cuba que del resto de la nación a que pertenece políticamente. La costa y el altiplano se oponen como cosas distintas en las regiones andinas, etc. Todavía existen en nuestra América pueblos que vegetan en una casi

absoluta incomunicación impuesta por cordilleras o por selvas de in-  
domada fiereza.

b) *Económicas*. Escudándose no poco en las difíciles circuns-  
tancias geográficas, subsiste en nuestras tierras un sistema económi-  
co semifeudal, basado en el latifundismo, que mantiene en servidum-  
bre a las masas indígenas, en los países en que ésta existe aún, y a los  
campesinos criollos y a los negros en aquellas otras regiones como  
Cuba, Puerto Rico o Venezuela donde el *guajiro* o el *jíbaro*, sin tierra  
propia, constituyen la mano de obra mal pagada de las grandes cen-  
trales azucareras y de las haciendas bananeras, caucheras, o cafetale-  
ras, en manos, casi todas, de empresas foráneas, principalmente nor-  
teamericanas. Esta subsistencia de un régimen económico latifundista  
y semifeudal determina las causas.

c) *Políticas*. La historia política de nuestras tierras iberoame-  
ricanas se reduce a la lucha de los caudillos feudales por el dominio  
de sus naciones respectivas, como un medio de ensanchar su domina-  
ción económica, a la cual conviene el fraccionamiento nacional del  
continente. La tiranía, con sus secuelas: el nepotismo, el falso espí-  
ritu nacionalista como un medio de hipnotizar a las masas, el cons-  
tructivismo que hace pasar ferrocarriles y carreteras por las hacien-  
das del “amo” e indirectamente beneficia a la nación, la monumen-  
talidad de nuevos ricos, etc., es, como ha probado con agudeza José  
Iturriaga,<sup>1</sup> cosa endémica en la América Latina, cuidada con esmero  
y aprovechada por

d) *El Imperialismo*. Hubo una época en que los caudillos lati-  
noamericanos sirvieron a sus propios intereses. A partir de la expan-  
sión imperialista inglesa y norteamericana sirven a las conveniencias  
de ésta. El imperialismo ha sido un constante factor de invertebra-  
ción americana. El separó a Panamá de Colombia para lograr la po-  
sesión del Canal; él impidió la unificación de Centroamérica, y con  
manejos de artera diplomacia frustró los anhelos de Bolívar en el  
Congreso de Panamá y los sueños del caudillo liberal ecuatoriano  
Eloy Alfaro. El fraccionamiento del continente latinoamericano es  
conveniente a la penetración imperialista que llega a desencadenar  
guerras como la del Chaco, sin beneficio ninguno para las naciones  
belligerantes y absoluto para las compañías petroleras inglesas y nor-

<sup>1</sup> José E. Iturriaga, *El tirano en la América Latina*, Jornadas 15. El Colegio de Mé-  
xico (1944).

teamericanas que discutieron con sangre iberoamericana el derecho a no explotar los yacimientos de la selva chaqueña y aún pensaron sacar partido mayor a la contienda fundando un estado títere entre Bolivia y Paraguay, el de Santa Cruz.

## 2. *Hacia la integración latinoamericana*

Frente a tales factores negativos es posible propugnar otros que propicien en un futuro más o menos inmediato la indispensable integración latinoamericana. Son estos:

a) Buenas comunicaciones entre las regiones y países diversos del continente que faciliten el intercambio comercial y 'cultural entre todos. La aviación ha acortado hoy las distancias, pero es aún medio prohibitivo para la mayoría por su costo elevado, al alcance sólo de quienes tienen mayor interés en mantener desintegrado el continente.

b) Superación del régimen económico semifeudal, reforma agraria que distribuya convenientemente las tierras, liberando al campesino, y diversificación agrícola que corrija los errores del monocultivo. Desarrollo industrial de los países que viven hoy confinados en la agricultura y en servidumbre del poder industrial europeo o norteamericano. La mejora de las comunicaciones entre los países del continente, propiciando el desarrollo del comercio, facilitaría las medidas propugnadas en este inciso.

c) La desaparición del régimen económico semifeudal determinaría la transformación política correspondiente, permitiendo el establecimiento de gobiernos democráticos atentos al bienestar general antes que a los intereses particulares del caudillo feudal de turno. Estos gobiernos democráticos, apoyados en las grandes masas nacionales, podrían llevar adelante la reforma agraria y la industrialización de sus países respectivos, elevándolos al grado de desarrollo capitalista alcanzado ya por Brasil y la Argentina. Sólo entonces será posible hablar de las uniones aduaneras recomendadas por Javier Márquez,<sup>2</sup> y de integración de bloques parciales, como el del Caribe que propugnaba Jorge Vivó.<sup>3</sup> Sólo sobre un plano de previa igualdad

<sup>2</sup> Javier Márquez, *Posibilidad de bloques económicos en América Latina*, Jornadas 16. El Colegio de México (1944).

<sup>3</sup> Jorge A. Vivó, *La Geopolítica. Sobre la necesidad de dar una nueva organización a la geografía política del Caribe*, Jornadas 3. El Colegio de México (1943).

en el desarrollo económico —más cualitativo que cuantitativo, desde luego— será posible establecer la integración política iberoamericana sin riesgo para las naciones más pequeñas y pobres del continente. Dicha integración sólo podría lograrse, además, siguiendo el modelo de la última constitución soviética que mantiene la integridad nacional de los diversos miembros de la federación, incluyendo sus derechos a mantener ejércitos y representaciones diplomáticas independientes. Una federación de este tipo haría poco menos que inoperante

d) *El Imperialismo*. Nadie más que los propios países iberoamericanos han de vigilar porque los principios generosos de la Carta del Atlántico en que se repudia el Imperialismo, no se conviertan en papel mojado, como ocurrió con sus antecesores, los catorce puntos idealistas del presidente Wilson. No es conveniente esperar una autolimitación de las empresas imperialistas, y menos teniendo en cuenta el enorme poder industrial, militar y financiero con que han de salir de esta contienda los Estados Unidos. Es preciso que las propias víctimas del imperialismo aprovechen, fortaleciéndose y desarrollándose en la unión, el compás de espera que les ofrece esta guerra, para impedir en la paz la posible reanudación de las rapacidades imperialistas.

Pero todo esto es imposible realizarlo sin el apoyo de las grandes masas nacionales que tienen que ser el vehículo de cualquier transformación de importancia. Las masas populares son las únicas capaces de apoyar medidas como la expropiación petrolera mexicana que tendrán siempre la cerrada oposición de los grandes burgueses de cada país, fieles administradores de los intereses imperialistas. Por eso la primera medida, y la más importante de todo el proceso de integración iberoamericana, consiste en propiciar en cada país un poderoso movimiento de organización de las masas nacionales que agrupe, unificándolos más allá de las diferencias políticas partidaristas, no sólo a los proletarios del campo y de la ciudad, sino a los núcleos pequeñoburgueses de empleados y de burócratas, de profesionales y de trabajadores intelectuales, a todas las víctimas, en fin, de la economía semifeudal y del imperialismo.

Conviene advertir que no se trata de juntar a proletarios y a burgueses para una empresa que ha de beneficiar a los primeros sola-

mente ni a los segundos de modo exclusivo. Que no se pide tampoco a unos y a otros la renuncia a sus propios ideales de clase ni a sus opiniones personales y de grupos. Lo que urge es la marcha unida de todos cuantos tengan interés por superar una situación que impide a las burguesías nacionales alcanzar aquel grado de desarrollo capitalista que les es propio, y a los proletarios la cabal integración de su clase, a quien pertenece, en definitiva, el porvenir. Por un instante los intereses de unos y de otros coinciden, y es justo aprovechar esta coincidencia que, de perderse, frustraría definitivamente el desarrollo burgués iberoamericano y pospondría en muchos años el inevitable triunfo proletario.

La América Latina jamás podrá llegar a su indispensable integración política si no es por el entendimiento continental de las grandes masas nacionales unificadas en cada país para la conquista de mejoras fundamentales de orden económico y político, y para la defensa frente a la poderosa reacción que está desatando el próximo fin de la guerra, con su secuela previsible e inevitable de profundas transformaciones sociales. Dentro de cada país de Iberoamérica están crepitando las chispas escapadas de la hoguera nazi-fascista y sólo la acción unificada de las masas populares será capaz de impedir el incendio de nuestras propias viviendas. Estas palabras habrán de parecer a muchos pura fanfarria de manifiesto, pero el tiempo y las circunstancias les dirán después, si no están entonces en la otra trinchera, que no eran sino previsión y afán encendido de que nuestros pueblos logren aquel grado de unidad y desarrollo que los sitúe en las condiciones mejores de alcanzar, más adelante, su puesto en un mundo recobrado para la Libertad y la Justicia.

José Antonio PORTUONDO

## 5

### I

No cabe discutir siquiera la existencia de elementos de integración política en nuestra América. Ellos son: primero, la analogía, cuando no identidad, de la realidad económicosocial; segundo: el común pasado social indio y bajo la organización de la Colonia; tercero: la unidad de raza, basada fundamentalmente, en la mezcla de indios y españoles, sin dejar de tomar en cuenta al negro; cuarto: el rumbo de la evolución política durante los últimos cincuenta años; quinto: el reciente descubrimiento, a través de esta guerra, de que podemos complementarnos y de que existe la posibilidad indubitable de establecer un sistema de política comercial, industrial y agraria de tipo inter-latinoamericano.

Creo que a esta integración se está yendo y se irá por partes, esto es, estableciendo, previamente, acuerdos regionales. Lejos de estimar peligrosa la constitución de bloques de ese tipo (como por ejemplo el del Plata, el del Pacífico, el de México, las Antillas y América Central) considero que ése es el camino más viable para lograr dicho propósito; y, más aún, estimo que tales bloques, lejos de ser una amenaza a la paz continental como antes se los juzgaba, dentro de una crasa tendencia a repetir el juego de los equilibrios europeos, significan una contribución efectiva a la causa de la paz, primero, el entendimiento, después, y la integración, por último, de nuestro Mundo.

Pero, por encima de todos los factores integradores, deseo recalcar el primero, tratando de acercarme a su exacto valor. Nuestra América desde sus raíces, y quizás más en la raíz que en las élites, presente la amenaza de un gran peligro después de la guerra (la constitución de unas pocas potencias absorbentes), y comprende que no debe perder la oportunidad que se le presenta. Somos la única porción del globo capaz de pagar al contado lo que compre tras la guerra; la úni-

ca que ha podido desenvolver un plan de industrialización de semi-paz; la única que ha cohesionado su mentalidad y sus métodos a través de la contienda. Estamos sustituyendo al Asia y al Africa en la tarea de proveedores de materias primas, pero con la ventaja de una cada vez más sólida tradición de soberanía. Además, nuestra gente empieza a perder el miedo a ciertos elementos, hasta ayer vituperados o vergonzantes. La vieja actitud de menosprecio al *mestizo*, por ejemplo, fruto de un racismo finisecular que hizo mella en nuestros sociólogos, cada día es más débil. Con eso, nos encaminamos hacia el descubrimiento del auténtico hombre de América, el criollo, encrucijada de razas, verdadero *melt pot* o crisol de sangres y tendencias. Un nuevo americano necesita, desde luego, una Nueva América.

## II

Aunque rara vez tiene éxito una revolución o una simple transformación sin un programa previo, también es exacto que el exceso de planes intelectualistas y ergotizantes conduce a equívocos muy lamentables. Y a equivocaciones, peores que los equívocos.

Indudablemente, ningún estadista americano —ni del Norte sajón, ni del Sur indoibero— confeccionó las *condiciones* dentro de las cuales se está operando la integración de nuestro Mundo. Privados de las importaciones a que vivíamos sujetos, hemos tenido: a) que intercambiar nuestros productos y, b) que incrementar nuestra capacidad industrial. A través de tal camino hemos adquirido mayor conciencia de nuestra necesaria autonomía que por medio de las hermosas y eruditas promesas y profecías de los más ilustres estadistas y escritores “americanistas”. La indispensable rectificación —y supresión— de las actuales barreras aduaneras interlatinoamericanas, la progresiva coordinación de nuestras industrias y comercio, constituyen el paso más certero en pro de la unidad continental.

Este fenómeno comporta, de hecho, un agudo problema político.

La suficiencia, cuasi autarquía latinoamericana, tiene como objetivo indirecto y político, preservar nuestra soberanía económica y política. Los países que han vivido a expensas de las importaciones de Estados Unidos y Europa se han visto obligados a enfrentar condiciones de inmerecida miseria durante esta guerra. Aquellos que, a cambio de su cobre, su petróleo, su café, sus frutales, sus nitratos,

su estaño, etc., recibían comestibles y artículos elaborados, han seguido exportando aquéllos, pero no han recibido éstos. El precio de su esfuerzo y su contribución ha sido oro. Pero oro hasta cierto punto inservible, puesto que la falta de medios de transporte y la concentración de los productos de primera necesidad para el ejército han colocado a los ciudadanos de tales países en la disyuntiva de, o comerse el oro recibido o pagar a altísimo precio los escasos artículos de primera necesidad al alcance de la mano. Por tanto, el problema económico desemboca en un inevitable problema político. El antiimperialismo, dentro del cual figura en preponderante papel el antifascismo y antinazismo (dos formas agudas y *totales* del imperialismo), tiene que ser el cañamazo de nuestra independencia. Sin exagerar su importancia ni extremar la campaña contra él, innecesaria y demagógicamente, sería un delito de lesa americanismo olvidarlo. El camino político nos empuja a una previa alianza interlatinoamericana, quizá de bloques regionales primero, del continente entero, después, como el gran camino para alcanzar nuestra integración. Y este camino tiene, a su vez, una definición teórica en el *hecho*, no la palabra, *democrático*. Las dictaduras francas y solapadas han sido las mejores Celestinas del imperialismo y el separatismo. Borrarras de nuestro hemisferio, sustituyéndolas por auténticas democracias será el paso inevitable que seguirá, y está ya siguiendo, al planteamiento del tema económico.

El camino jurídico constituye la última etapa. Durante muchos años se ha pretendido elaborar un espíritu continental a base de preceptos legales y jurídicos. Estos preceptos han sido y deben ser siempre *resultantes*. Cuando no, ocultan peligrosos contrabandos y sirven para desconectar, en vez de unir. Necesitamos organizar un Gran Congreso de América indoibera (Congreso de tipo económico, de tipo político y de tipo jurídico y cultural). Lo que los partidos populares han venido haciendo en los últimos años, al margen de todo apoyo oficial, es la norma a seguir inexorablemente en el futuro inmediato. Del Congreso Económico ha hablado, antes que nadie, con énfasis singular el Plan de Acción Inmediata del Partido Aprista Peruano, (septiembre de 1931). Del político se han ocupado ya los partidos de avanzada (Socialista y Unión Cívica Radical de Argentina, socialistas y radicales de Uruguay, Chile, Ecuador, Costa Rica; Partido

Aprista Peruano; Partido Liberal de Colombia; Partido de la Revolución Mexicana, etc., y, últimamente, han participado de tales actividades algunos partidos comunistas...). El plan jurídico y cultural tendrá que apartarse en numerosos aspectos de los rumbos trazados por las Asambleas Panamericanas, ya que deben constituir un cuerpo de leyes y disposiciones para ser, después, discutidos con los Estados Unidos del Norte y Canadá, a fin de estructurar realmente un programa del Hemisferio Occidental.

### III

Aunque, lógicamente, la primera etapa de esta marcha debiera ser la planificación económica, es muy posible que sea antecedida por una instintiva y amplia campaña política. Ya estamos viendo algo de eso en los recientes sucesos de Bolivia, Ecuador, Cuba, Salvador y Guatemala, y aún, en el caso de la Argentina, desviación autocrática, falangista, artera, de un interesante impulso nacional.

Hay que limpiar la casa de venales servidores de intereses extranjeros. Hay que sanearla de enemigos de los verdaderos y profundos impulsos populares. Hasta aquí la mayor parte de nuestros hombres de gobierno han sido meros instrumentos de poderes exóticos. Siendo así, han sido incapaces de iniciar y coordinar ningún gran esfuerzo de liberación económica. Lo que ahora surge en este terreno brota en forma espontánea. Como una fatalidad ineluctable del conflicto mundial. Urge darle solidez y rumbo, antes de que se extravíe o pierda, entre los azares de la postguerra.

Tenemos ante nosotros una gran oportunidad para orientar verdadera y permanentemente nuestra vida colectiva. Si algún país, maniatado por agobiadores compromisos, disfrazado de necesidades estratégicas, queda a la zaga, denunciémosle como emboscada al servicio de intereses extranjeros. América, es cierto, tiene un destino común, pero América, también es cierto, está constituida por dos bloques diferentes, el sajón y el indoibero. De ahí que el término "Pan América" sea tan mercedamente impopular, puesto que incurre en el voluntario error de mirarnos como una sola entidad cuando somos sólo el acuerdo o sinfonía de dos diferentes. En cambio "Inter-América" representa, con exactitud, la verdad de las cosas: un acuerdo entre dos

sujetos semejantes, pero autónomos; un convenio entre dos familiares, pero de ningún modo el *diktat* de una sola persona... que no existe.

Debemos arrojar lejos de nosotros muchos prejuicios. Para coordinar nuestra economía estamos, inclusive, ante el deber de revisar muchos de nuestros asertos, desde el que se refiere a la potencia nutritiva del trigo y el maíz, hasta el que comprende la misión de ciertos órganos defensivos como religión, ejército y cultura. Tenemos que analizar el contenido de la llamada tradición y reevaluar el de nacionalismo y americanidad. Todo esto representa algo muy serio y duro, algo que se sintetiza en una sola palabra: "Revolución". Pues que esto, y nada más, es lo que, en última instancia encaramos ahora, ahí donde truenan los cañones y también aquí, en donde las desigualdades sociales alumbran amarga y esperanzadamente el duro pero fecundo camino a seguir.

Luis-Alberto SÁNCHEZ

## 6

Sr. Dn. Alfonso Reyes

P r e s e n t e.

Muy querido amigo:

Me refiero a tu grata de 15 de junio relativa al Seminario sobre la América Latina que ha celebrado el Centro de Estudios Sociales del Colegio de México, y las preguntas que en nombre de la Institución referida te sirves formularme.

I. No existe ninguna posibilidad para ningún tipo de integración de Iberoamérica como unidad independiente. Si ya Bolívar se vió obligado a contar con los Estados Unidos en su Congreso de Panamá, lo que en gran parte nulificó el propósito esencial de dicho congreso; si nuestro Lucas Alamán con mayor sinceridad y valor que Bolívar, fracasó más rotundamente en su plan de unificar a las repúblicas iberoamericanas mediante la unión aduanera; si todos estos fracasos tuvieron que ceder ante la imposición imperialista de la “Doctrina Monroe”, en la época en que los Estados Unidos iniciaban su imperio y nosotros éramos fuertes por lo menos para la defensa, ¿qué se puede esperar hoy, cuando los Estados Unidos se han convertido en la primera potencia del mundo y nosotros nos hallamos en condición de inermes satélites, moralmente debilitados por la traición del liberalismo?

II. No será difícil que contemplemos próximamente una serie de iniciativas jurídicas y políticas, ninguna económica, a fin de simular un iberoamericanismo dócil y reverente con respecto al panamericanismo. Pero todo esto será una farsa idéntica a la farsa que nos ha estado prometiendo libertad y democracia, a cambio de la opresión y el oscurantismo de Virreyes, que salieron pobres del poder, contra la práctica de los caudillos que toman de Washington, la bandera.

Dije que se emplearán medios jurídicos y políticos en la farsa, pero no económicos, porque nunca prescinde el imperio de su carácter de metrópoli. Y si España, por generosidad, por excepción, toleró que comerciásemos con el extranjero, lo más probable es que en el futuro podamos comprar el vino de Francia y el aceite de España, pero vía Nueva York y después de pagar el tributo a la metrópoli.

III. Muchas fases y pocas etapas tendrá el proceso de falsa integración. Serán pocas las etapas porque pronto acabará de consumarse la desintegración.

Sólo un retorno a la comunidad religiosa que antaño constituyó la fuerza de la América Española; un retorno a su catolicismo, apoyado en el catolicismo norteamericano, puede ofrecer alguna esperanza a nuestros pueblos desventurados. Pero esta voz no la escuchará México. Acaso encuentre ecos en el Sur.

Puedes hacer el uso que gustes de estas opiniones, publicarlas o no según te parezca y quedo como siempre tu Afmo. amigo y S. S.

José VASCONCELOS

## 7

Se me pregunta por el Centro de Estudios Sociales, del Colegio de México, sobre los extremos siguientes:

1. ¿En los años inmediatos pueden darse factores —internos o externos— que determinen o favorezcan una política internacional unificada de iberoamérica?

2. En ese caso ¿cuáles habrán de ser las direcciones de esa política?

Es obvio que no es tarea fácil la de contestar a las preguntas anteriores. Los límites entre la previsión en política y la fantasmagoría agorera aún no son precisos y, para no caer en los vicios de los que practican ésta, me veo en la imperiosa necesidad de ser parco en mis observaciones.

Los *factores* que pueden favorecer una política unificada de Hispano-américa, son, como muy bien se han clasificado en la pregunta, internos y externos.

Los factores *internos* me parecen los primordiales y a los que más atención debe dársele. No concibo que pensemos en forjar una gran patria hispanoamericana supeditando su realización a los azares de la política internacional. Con ese criterio no hubiéramos tenido ni independencia, ni reforma agraria y social, y lo que es más importante: no podemos proyectarnos sobre el futuro político de Hispano-américa.

Entre estos factores internos, creo que los más importantes son los siguientes:

I. Toda orientación política futura en Hispanoamérica tiene que ser forzosamente *democrática*. No se concibe que los lustros venideros sean propicios al dominio de los extremismos políticos. Las extremas derechas están siendo derrotadas en todos los frentes militares del mundo, y la victoria solo podrá ser una realidad tangible y provechosa para el género humano de mantenerse el bloque de las Naciones Unidas sobre la base de principios eminentemente democráticos,

como son los que inspiran la Carta del Atlántico y los demás instrumentos internacionales que son motivo de discusión en los momentos actuales. Si las extremas izquierdas osaren utilizar los convenios internacionales como base de una política partidarista de hegemonía, se llevarían a cabo nuevos reagrupamientos en la arena internacional que hacen difícil prever su trascendencia ulterior y las normas que habríamos de trazarnos para esa contingencia.

Los acontecimientos políticos de Hispanoamérica se perfilan precisamente sobre esos lineamientos democráticos. En Centroamérica ya han caído varias tiranías y la misma suerte, tarde o temprano, le espera a las que aún se mantienen mediante el terror. El Partido Liberal de Colombia acaba de aplastar un golpe de estado conservador. El nuevo gobierno de Ecuador y el de Bolivia han surgido como emergencias democráticas necesarias. Las elecciones cubanas que han dado la presidencia de la República al Dr. Ramón Grau Sanmartín, cuya conexión con las derechas es indiscutible, han ratificado, a la vez, a un Congreso con mayoría de la coalición socialista democrática.

Pero, es del todo imposible sostener, y menos afianzar, los regímenes democráticos hispanoamericanos, si éstos no trascienden al campo de las *reformas sociales* verdaderas. Democracia no puede seguir siendo, como hasta ahora, sinónimo de demagogia. Y, aunque es posible lograr algunos éxitos en este campo, como es tan solo con la práctica de una administración pública honrada, ésta no basta para satisfacer las exigencias de nuestra época. El bienestar material y el desarrollo cultural que reclaman los pueblos hispanoamericanos no se alcanzarán formulando programas ambiciosos, a veces desmesurados, que no pueden llevarse a la práctica mientras seamos países agrícolas y mineros. Toda reforma social de trascendencia en Hispanoamérica solo puede fincarse en su *desarrollo industrial*, el cual es, a su vez, del todo imposible dentro del marco de la organización política invertebrada en que vivimos.

Los regímenes democráticos hispanoamericanos tienen un dilema: o se superan, o sucumben. Y la superación puede lograrse, en parte, mediante una administración honrada —de la que casi siempre hemos carecido—, pues tan sólo con el ejercicio de una práctica política de honestidad administrativa mucho se podría lograr para el bienestar de todos. Pero, sería política de miopes la que supeditase

nuestra orientación futura a un porvenir honesto tan mediocre, en medio de un mundo de grandes potencias, de colosos como los que jamás se habían soñado.

La democracia hispanoamericana solo puede afianzarse mediante la implantación de un vasto programa de reformas sociales. ¡No de demagogia! Y es de todo punto imposible la aplicación de tales reformas si no se procede a fomentar un desarrollo industrial que no podrá ponerse en práctica de veras —como se concibe la industrialización moderna, en grandes proporciones— si no acometemos la tarea inaplazable de fomentar y llevar a vías de hecho la *unificación política* hispanoamericana.

II. Los hispanoamericanos están aprendiendo las lecciones que les ofrece la historia de que somos partícipes: el desarrollo de China como país industrial y como cuarta gran potencia mundial y, en general, la tendencia hacia la formación de grandes Estados multinacionales.

En la primera de las conferencias sustentadas por Sun Yat-sen en 1924 (Min-Tsu Chu I: el Principio del Nacionalismo, Enero 27-Agosto 24), en la Universidad Nacional de Kwangtung, afirmaba el fundador del Kuomintang: “En comparación con otras naciones, nosotros tenemos la más grande población y la más vieja cultura, de 4.000 años de duración. Debemos de avanzar hasta llegar al nivel de las naciones de Europa y América. Pero el pueblo chino solo cuenta con grupos familiares y de clan; no tenemos un espíritu nacional. En consecuencia, China es el país más pobre y más débil en el mundo, y ocupa la posición más baja desde el punto de vista internacional. Si nosotros no promovemos con fervor *el nacionalismo* y unificamos a nuestros cuatrocientos millones en una gran nación, nos enfrentamos a una tragedia —la pérdida de nuestro país y la destrucción de nuestra raza.”

Sun-Yat-sen, no sólo abogaba por el fomento del nacionalismo, sino también por los derechos del pueblo (Min-Chuan Chu I) y por los derechos de subsistencia (Min-Sheng Chu I). Su partido, el Kuomintang, sufrió muchas vicisitudes. Pero, al cabo de los años, a partir de 1937, logró estructurarse sobre bases estrictamente democráticas, incluyendo también en su seno a la extrema izquierda sin que ello menoscabara la colaboración de núcleos de derecha.

La Liga de las Naciones, en su *World Economic Survey* de 1941-42, comentaba en los siguientes términos la transformación económica lograda por China: “Tres tipos principales de organización económica se han desarrollado en las provincias interiores. Las industrias pesadas, incluyendo la de municiones, se han desarrollado por el Estado, y se operan por la Comisión de Recursos Nacionales, que es subsidiaria del Ministerio de Economía... Las industrias de transformación, que se han desarrollado por empresas privadas... Y, en tercer término, ha tenido lugar una gran expansión del movimiento cooperativo industrial, mediante el cual se ha extendido a la producción en pequeña escala los beneficios de la técnica así de la compra, venta y estandarización en gran escala”.

Y este vasto proceso de *industrialización*, localizado ahora principalmente en las provincias interiores, ha permitido a China la formación de un ejército que es el segundo en el mundo por el número de sus soldados y uno de los más importantes por su potencialidad.

China ha logrado, en los campos de la guerra de liberación nacional, *la unidad política* que soñó Sun-Yat-sen. China es en la actualidad la cuarta potencia entre las Naciones Unidas y ocupará la misma posición en el mundo de la post-guerra.

¿Acaso, esta gran lección que nos ha dado la unificación de China, y la tendencia hacia la formación de estados multinacionales a la que me he referido en otro trabajo presentado ante este Colegio de México (La Geopolítica. Jornadas 3. México, 1943), no están produciendo hondas repercusiones en la conciencia política de los pueblos hispanoamericanos?

Pese a la indiferencia de los círculos oficiales y a la actitud ambigua de muchos partidos políticos, estimo que todos los sectores y personas que tratan de aplicar a su patria las enseñanzas de la historia contemporánea han de propugnar por nuestra unificación como única medida salvadora.

Los factores *externos* que favorecen una política unificada, pueden resumirse como sigue:

I. La Unión Soviética, al haber contribuído con sus victorias, más que ningún otro pueblo, a la destrucción del nazi-fascismo, pasará a ocupar una posición prominente en el mundo de la post-guerra. No

es aventurado afirmar que será, después de Estados Unidos, la segunda potencia mundial.

Esto asusta a las extremas derechas e infunde ideas infantiles y perniciosas entre algunos sectores de extrema izquierda. Los primeros se empeñan en pronosticar todo género de desgracias a la humanidad como resultado de la carrera desenfrenada que auguran para “el fantasma del comunismo”. Los segundos, con una irresponsabilidad que no atino a calificar, nos anuncian repúblicas soviéticas por doquier.

Sin embargo, creo que Franklyn D. Roosevelt, Winston Churchill, Chang-Kai-shek, y sobre todo José Stalin, no creen en ninguna de estas patrañas. No creo que estos dirigentes actuales de la política mundial, que con tanta atingencia han logrado destruir el poder de un Benito Mussolini y de un Hideki Tojo, lo cual constituye el preludio ineluctable de la caída estrepitosa de Adolfo Hitler, y del imperio militar japonés, vayan a comprometer el porvenir de la humanidad con fórmulas suicidas, como las que auguran los extremistas de todos los matices.

La Unión Soviética ocupará el lugar que se ha ganado a través de una de las más heroicas defensas que registra la historia, pero pueden estar seguro los señores agoreros que no se inmiscuirá en aventuras de ninguna clase. Y el papel que le está asignado a esta segunda potencia mundial en el mundo de la post-guerra ha de ser favorable a la unificación hispanoamericana. No es posible esperar otra actitud de un Estado que surgió de una cruenta guerra contra toda clase de enemigos exteriores y que ha conservado su independencia a pesar de la hecatombe nazi que la asoló durante varios años.

Los aliados de la Unión Soviética son todos los pueblos que como China e Hispanoamérica aspiran a hacer efectiva su independencia y a sobrevivir en el mundo de la post-guerra.

II. La aparición de China como cuarta potencia mundial, no sólo es una lección que favorecerá la comprensión de que es ineludible nuestra unión, sino que es en sí un acontecimiento externo que favorecerá nuestra propia unificación.

Si la Unión Soviética tiene y tendrá un gran aliado en China, China misma necesita de la cooperación que pudiera prestarle una

gran potencia como la que pudiera llegar a constituir una confederación hispanoamericana.

III. La Gran Bretaña será la potencia más debil de la entente anglosajona. La integridad de Australia y Nueva Zelanda ha sido mantenida y definida por Estados Unidos, y la participación del Canadá en la guerra, cuyos nexos económicos con Estados Unidos son más fuertes que con Inglaterra, no sólo darán más independencia al Canadá sino que lo alejarán más de Inglaterra.

Si bien la potencialidad industrial de Inglaterra no se ha menudado, su dependencia financiera de Estados Unidos es muy seria, y, como es obvio desde ahora, Inglaterra, que no será la máxima potencia de antaño, no podría ser un obstáculo en el camino de nuestra unificación.

Sería prematuro afirmar que Inglaterra verá con buenos ojos la unificación hispanoamericana, aunque no hay que olvidar que ayudó con armas, hombres y dinero a la independencia de nuestros pueblos, pero su colaboración a la empresa que proponemos dependerá en gran parte de lo acertado de nuestra política exterior.

IV. El papel que asumirá Estados Unidos para la unificación de Hispanoamérica es el que puede infundirnos más serios temores, no por la actitud asumida por el gobierno de Franklyn D. Roosevelt, pero sí por la trayectoria que ha tenido la cancillería de la gran nación norteamericana desde los días de James Monroe hasta los de Herbert Hoover hacia los países hispanoamericanos y, especialmente, los de la región del mar Caribe y golfo de México.

No ignoro que algunas gentes habrían comenzado por enunciar los temores que podemos tener de Estados Unidos, destacando hechos históricos de la diplomacia del dólar. Esto no debe extrañarnos porque estamos acostumbrados a menospreciar nuestros valores nacionales e ignorar el hecho de que los países que han influido en el concierto internacional han comenzado —como nos enseña China— “promoviendo con fervor el nacionalismo”.

Además, si bien es cierto que Estados Unidos habrá de ser la más conservadora de las cuatro grandes potencias y la más cercana —nada menos que nuestro vecino inmediato—, no debemos ignorar que de los dos sectores que lucharán en la arena electoral en el próximo

mes de Noviembre es muy posible que obtenga la victoria el más progresista, el que encabeza Franklin D. Roosevelt.

Si la defensa que Hitler se propone realizar se mantiene por algunos meses —y este es el único caso en que el Führer nos parece beneficiar— es casi seguro que Roosevelt ganará las elecciones. De lo contrario, no es difícil que Thomas E. Dewey, apoyado por los sectores más conservadores, lograra asumir la Presidencia de la República, cuyo hecho podría determinar un cambio en la política de buena vecindad.

En el caso de que Roosevelt siguiera rigiendo los destinos de Estados Unidos, a pesar de que este país será sin duda la potencia más conservadora y —¿por qué no decirlo?— la única donde aún se practica el “racismo” de las cuatro grandes potencias de la post-guerra, no cabe duda que nuestra empresa de unificación se hará más factible.

A este respecto, son de mencionar unas observaciones muy acertadas que se hicieron a mediados del siglo pasado, que deben ser meditadas por estadounidenses e hispano-americanos. El general austríaco von Hauslab, escribía lo siguiente en 1864, en el periódico militar austríaco, refiriéndose a Norte América solamente, pero que de aplicarse a todo el continente, tendría una vigencia indiscutible:

“Si en Norte América (propongo que se lea América), no hubiera más que un solo Estado, ese Estado sería el árbitro del mar y de la tierra.

“Si hubiera dos Estados, pronto se desarrollaría la relación del fuerte al débil, del que pide al que concede.

“Si hubiera tres, el antiguo decir *Tres faciunt consilium* vendría a producirse y probablemente se establecería un equilibrio”.

Pero, como se me ha pedido opinión, no sólo sobre los factores que favorezcan una política unificada hispanoamericana, sino sobre cuáles habrán de ser *las direcciones* de esa política, voy a referirme a ésta aunque sea brevemente.

En mi anterior trabajo propuse el establecimiento de una Confederación de todos los pueblos del golfo de México y mar Caribe, que incluso respetase las actuales constituciones de los países de esa región.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase *La geopolítica*, Jornadas 3. El Colegio de México (1943).

No extendía la proposición a todos los países hispanoamericanos, porque creo que debemos colocarnos en un plano realista. Tampoco proponía la unificación con el Brasil, porque el Brasil —otra de las grandes potencias de la post-guerra, cuya fuerza sobrepasará a la de Italia, España, Polonia y posiblemente a la de Francia— no podrá preocuparse por nuestros proyectos de unificación, mientras sigamos siendo unos pigmeos. Por eso mismo no hablo de unificación iberoamericana, como se me pregunta por el Colegio de México, en todo el curso de este trabajo. Como ha dicho Luis Alberto Sánchez (Latín America in the Post-War World, primer premio de la revista *Tomorrow*, abril, 1944), debemos ver con simpatía los planes para restablecer la Gran Colombia (Venezuela, Ecuador y Colombia); la Asociación Boliviana (que incluyó esos países y Perú y Bolivia); la entente de Argentina y Chile; la alianza del Pacífico; la Unión Centroamericana; la Unión Antillana; etc. Todo lo que contribuya a formar una *conciencia continental* de los pueblos latinos, una *entente cordial* latinoamericana.

Además, sería de recomendar que las proposiciones estudiadas por Javier Márquez (Posibilidad de Bloques Económicos en América Latina. Jornadas 16. México, 1944), fuesen tomadas en consideración. La unificación de criterio entre los pueblos hispanoamericanos, y a ser posible iberoamericanos, en la solución del problema de los excedentes agrícolas y mineros; la participación, con un criterio unificado en los cárteles internacionales; el establecimiento de una unión aduanera hispano o iberoamericana; en fin, la integración económica de esta región de América, —todas estas medidas podrían constituir jornadas en el camino de la unidad que proponemos.

No he dejado de sustentar la idea de que lo más recomendable es la unión hispanoamericana del Caribe, por las razones que expuse en el trabajo ya mencionado: geográficas, históricas, económicas, etc. Pero no creo que pueda verse con prejuicio cualquiera otra clase de unificación con posibilidades de éxito.

Tengo en mi mesa de trabajo una serie de artículos del licenciado hondureño Antonio Madrid, cuyo título es como sigue: “Centroamérica, capital México”, en los cuales expone una tesis distinta a las antes expuestas; que por cierto se ha escrito en el fragor de la lucha de los pueblos centroamericanos contra las tiranías.

Pero como las ideas no cobran el aspecto de realidad sin que se haga de ellas la propaganda más extensa, considero que esta es la tarea más inaplazable que tenemos todos los que fincamos el futuro de Hispanoamérica en su unificación. Por ello, propongo que todos los que estamos convencidos de la necesidad de tal unión constituyamos una *Asociación Hispanoamericana*, democrática en sus finalidades, pero que dé cabida a los hombres de buena voluntad de todos los credos políticos. Se hace necesario propugnar por las formas posibles de unidad hispanoamericana, iberoamericana si se quiere, en el terreno cultural, en el económico, pero sobre todo en el político.

“Juntarse es la palabra del mundo”, dijo José Martí a fines de la pasada centuria. Y ahora, más que nunca, comprendemos el sentido épico de la frase de ese gran hispanoamericano.

JORGE A. VIVÓ

## 8

La brevedad del tiempo y del espacio me obliga a consignar en suscinto esbozo lo que merecería amplia y reflexiva elaboración. No se olvide que en lo que sigue es preciso distinguir entre el ideal acaso remoto o aun irrealizable —ningún ideal llega nunca en la tierra a plena realización— y aquello que, sin perderlo de vista y tomándolo como guía permanente, puede y debe ser objeto de inmediata realización.

Si hay en la tierra una constelación humana con fisonomía cierta ésta es sin duda la que constituye el cuerpo de la Comunidad hispana. Una fisonomía es siempre la expresión de un alma. Un cuerpo con alma es un cuerpo espiritual: la unidad orgánica, expresiva, original, múltiple y contradictoria de una persona. Y una persona es lo único que no se puede dividir sin atentar a lo más sagrado de la naturaleza humana. Destruir una persona es asesinato o suicidio.

Así, sin necesidad de detenernos a analizar si es *posible* una integración política de Iberoamérica es preciso adelantarse a decir que esta integración es *necesaria* y que en su progresiva realización no puede faltar España —en el sentido en que toman la palabra Camoens y Oliveira Martins, es decir, la comunidad de pueblos que prestan sentido histórico a los pueblos de la Península ibérica. Los pueblos ibéricos y el mundo de tradición española forman un cuerpo espiritual en la cultura y en la historia. Su estado natural es la unión. Su desintegración actual procede de azares históricos independientes de su íntima naturaleza. De ahí que sus miembros desarticulados se muevan con gesto patológico, dolorido y desazonado. Síntoma de esta patología es el estado de guerra civil en que constantemente inciden y del cual las guerras de Independencia son la primera y general manifestación.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En otro lugar he tratado de demostrar el carácter civil de las guerras de independencia iberoamericanas. "Humanismo español" en *Cuadernos Americanos*, I, 1, 1942.

No es, naturalmente, posible definir una persona. Las personas se conocen y entran en relación mediante un conocimiento inmediato mucho más íntimo y verdadero que el que se pueda dar en los términos de una definición. Basta en nuestro caso pensar en la facilidad con que se sienten “en su casa” las personas de cualquiera de nuestros pueblos cuando los azares de la vida las llevan a vivir en cualquiera de los demás. Esta impresión de “cosa propia” es superior a todo razonamiento. Si quisiéramos proyectarlo sobre una perspectiva histórica nos bastaría recordar la identidad de espíritu de los libertadores y pensar, a través de los denominados “enciclopedistas”, en su común origen en los representantes de la Filosofía de Cristo, en los grandes misioneros y aun en Alfonso el Sabio o Ramón Llull.

Preveo la objeción: los indios, los negros, el mestizaje... Lejos de mí la idea de negar la enorme complejidad que su presencia otorga al cuadro ni los problemas, en ocasiones graves, que suscita en amplias áreas regionales. En la raza y en el espíritu es su existencia para nosotros capital. No se olvide, sin embargo, que, en lo uno y en lo otro, una personalidad se mide por su capacidad de asimilación y de integración y es tanto más rica y poderosa cuanto mayor es su complejidad. La variedad y la riqueza de los alimentos no deforman ni quiebran la unidad orgánica de su cuerpo. Antes lo robustecen y lo vivifican. Lo mismo ocurre con los organismos espirituales. La España originaria —como todos los pueblos del Mediterráneo— es también un crisol, un crisol de pueblos y de culturas. Y su alto mestizaje no impide, antes acentúa, su vigorosa personalidad.

A aquella necesidad interna es preciso añadir una razón de la más alta conveniencia que no afecta ya sólo al interés de nuestros pueblos sino al equilibrio general de las naciones y a la posibilidad de una paz más o menos estable. Toda situación contraria a la naturaleza de las cosas constituye un grave peligro. A pesar de todas las dislocaciones la realidad pugna por la existencia y si no puede dar curso normal a sus exigencias se manifiesta mediante anomalías patológicas. Es lo que ha ocurrido largo tiempo en los Balcanes. Si no se acude a tiempo es posible y aun probable que, proyectadas las cuestiones antes circunstritas a Europa a un panorama universal, el

cuerpo desarticulado del mundo hispánico se convierte para el mundo entero en un campo de apetitos, discordias y conflictos análogo al que para Europa fué el de aquellos desventurados pueblos. El peligro es, a mi juicio, evidente. Existen ya claros síntomas de su iniciación germinal.

El cuerpo espiritual de las Españas perdió su equilibrio y se desplomó. Entre el proyecto de organización federal del Conde de Aranda, la batalla de Trafalgar y la guerra de la Independencia española, no media el tiempo necesario para que aquellos planes puedan madurar y entrar en vías de realización. A partir de aquel momento, incapaz de evolucionar de un modo normal, se inicia en todos sus miembros una pugna por la existencia que se manifiesta en todas partes mediante procesos análogos —con diferencias obvias debidas a diferencias en la composición étnica, el clima, el estado de madurez y de cultura, etc.— Mientras no se logre restituirlos a la normalidad constituirán un peligro para su equilibrio interno y para la paz del mundo.

La posibilidad de que esto ocurra depende en buena parte de la dirección universal de la política. La mala orientación de ésta es el obstáculo más serio y acaso insuperable para que la restitución anhelada pase de la idea a la realidad. Veamos en qué consiste su más grave deficiencia.

La política, en su sentido más estricto, es la organización del poder social. En la base de toda ordenación colectiva se halla una estructura vital y económica que en gran parte la determina y la condiciona. En su cúspide, un sistema de ideas y creencias, es decir, una concepción moral, poética, filosófica y religiosa, le presta sentido, fisionomía, aliento y configuración personal. Lo primero es un mecanismo, un sistema más o menos poderoso de medios. Lo segundo es una constelación ideal, una jerarquía de fines que se levantan ante la vida como un afán a realizar. Entre lo uno y lo otro, entre la tierra nutricia e inquietante y la proyección anhelante del espíritu se desarrolla, en una zona intermedia, el organismo de la acción política, el aparato del poder estatal.

Todo el problema ha de consistir en ver si, como ha venido acaeciendo en los últimos tiempos —y éste ha sido su vicio esencial—, los

fines han de seguir al servicio incondicional de los medios o si hay la posibilidad de pensar que, mediante una adecuada orientación, pueda alguna vez el poder aprestarse a poner los medios al servicio de los fines.

Lejos de mí la idea de que esta conversión sea cosa fácil. Se oponen a ella las fuerzas más poderosas del instinto animal recubiertas con un manto de hipocresía y de engaño. Su grave dificultad no implica, sin embargo, la renuncia a toda esperanza. Es preciso ante todo arrancar las máscaras —la ideología totalitaria puede haber sido, en este respecto, de positiva eficacia— y tratar de que los hombres y los pueblos osen afrontar la presencia de su propia faz. Sólo de la verdad puede surgir la redención.

Si esto es posible el problema del mundo español aparece con claridad meridiana. Todo intento de reconstrucción del mundo se ha de cimentar en el respeto inmaculado a la natural articulación de su organismo. Y esta articulación resulta obvia para toda mirada no prevenida. Sería sólo necesario enseñarla a los que la ignoran y llevar al ánimo de los llamados a dirigir los poderes dominantes que surjan de la actual contienda la convicción íntima de que su reconstrucción es un bien: un bien espiritual y una garantía desde el punto de vista de los intereses permanentes rectamente concebidos —nada más peligroso que mantener a una constelación de pueblos que no tiene el alma esclava en una situación de dependencia servil—. Previa esta convicción y la activa cooperación que de ella pudiera resultar, lo demás se seguiría por añadidura.

Dadas estas condiciones, la única solución para el problema de nuestras nacionalidades se halla en la idea federal rectamente concebida y aplicada. Sería ante todo necesario precisar y circunscribir una serie de áreas regionales. Ejemplo de ellas podrían acaso ser: los países del Plata, la América portuguesa, la constelación boliviana, los países centrales, los países del Norte... Para su correcta delimitación habría que emprender un estudio adecuado a cargo de personas competentes.

A su servicio, un plan de reconstrucción económica —agrícola, industrial y comercial— moderado, adecuado a las circunstancias de cada país, concebido en conjunto y capaz de asegurar al todo y a

cada una de sus partes los límites de su independencia, ofrecería las condiciones indispensables para la posibilidad de la Unión.

Análoga organización habría que dar a la región constituida por los países de la España europea —incluyendo naturalmente a Portugal y sus posesiones.

Precisados los límites de estas federaciones locales, de la unión de ellas habría de resultar la Confederación o Unión de los países que constituyen la Comunidad hispana.

Para la viabilidad de este proyecto —que coincide en lo esencial con el de Bolívar, con el del Conde de Aranda y con las ideas de Francisco de Vitoria—, aparte el asentimiento y la activa cooperación de los poderes exteriores a que he aludido antes, tres condiciones serían indispensables:

1. La renuncia explícita, leal y decidida a toda idea de “imperio”, superioridad o dominio y la convicción sinceramente sentida de que todos los valores —incluidos naturalmente los indígenas de América— nos pertenecen por igual a todos en la plenitud de su dignidad histórica. Y en lo que respecta a la España estricta, la afirmación resuelta de que lejos de aspirar a dominio alguno su único anhelo es darse incondicionalmente a todos porque a todos por igual nos pertenece. (Es impresionante el legítimo orgullo que todo mexicano o cubano siente cuando un español peninsular le dice que para ser español no necesita otra cosa que ser sinceramente y radicalmente buen mexicano o buen cubano<sup>1</sup>.)

2. La instauración de gobiernos liberales y democráticos en todos los países de la Unión. En el bien entendido de que esto no significa la implantación en ellos de los métodos hoy imperfectamente adoptados por las actuales democracias. No puede desconocerse sin hipocresía que ello es totalmente imposible, por el momento, en muchos de los países comprendidos en la comunidad. Bastaría que los gobiernos locales, elegidos y organizados de acuerdo con las posibilidades y las necesidades de cada país, estuvieran al servicio de los ideales implícitos en la resonancia de aquellas palabras.

<sup>2</sup> Cito sólo estos dos pueblos porque son los únicos con que me ha cabido la suerte de realizar la experiencia personal. No tengo la menor duda de que en los demás ocurre lo mismo.

3. La resuelta adopción de la doctrina federal según la cual la extensión del poder se halla en razón inversa de su intensidad y de que sólo pertenece a los poderes superiores aquello que es del común interés de todos los círculos subordinados.

Garantía de la viabilidad del proyecto habría de ser la neutralidad de las capitales federales —Departamentos federales— y de la capital de la Unión. Respecto a ésta cabría pensar —en atención a todo lo anteriormente dicho— en fijarla en alguno de los países isleños— por ejemplo, Cuba o las Islas Canarias— o aun, habida cuenta de los climas, en el establecimiento de dos capitales en ejercicio alterno, en cada una de las agrupaciones insulares.

Esta concepción sólo sería hoy posible dentro de los límites de una organización mundial en que cupieran constelaciones análogas —como, por ejemplo, la latino-europea con la cual España sería el natural lazo de unión, la anglo-sajona, la eslava, la germánica... Piénsese que, en una organización de esta índole, fácilmente el Atlántico se convertiría en un nuevo Mediterráneo.<sup>1</sup>

Se dirá acaso que esto es un sueño. Sé que su realización es, por el momento, sumamente difícil o aún, acaso, imposible. No se olvide, sin embargo, que de los sueños nacen las realidades ni que toda idea verdadera, claramente concebida y sinceramente sentida, a la corta o a la larga, acaba por incorporarse al mundo. Ni que, en la vida de los pueblos grandes, no cuentan los años sino los siglos.

Si, como sospecho, a la salida de esta guerra no han de estar las cosas maduras, ni acaso los pueblos suficientemente preparados, ni los poderes suficientemente dispuestos para oír la voz de la razón, sin renunciar al ideal ni contar con la asistencia ajena, sí es posible y necesario y urgente poner las primeras piedras para nuestra tarea de reincorporación intercontinental, substituyendo su realización integral mediante la creación de un organismo mínimo, orientado en los mismos principios. Este organismo, uno o múltiple, debería tener como propósitos inmediatos la sucesiva consecución de una serie de ordenaciones de tipo económico, político, de educación y cultura.

<sup>3</sup> Para el más amplio desarrollo de esta idea véase "Sobre la organización de la paz" en *Mundo libre*, n° 18, 1943.

Dejo a la iniciativa de las personas competentes todo lo relativo al orden económico.

En el orden político dos habrían de ser los designios de realización inmediata:

1. El reconocimiento de la ciudadanía, en cada uno de los países comprendidos en la Comunidad, a todos los ciudadanos naturales de la Península ibérica y de la América española y portuguesa, de acuerdo con los principios que informan la Constitución española de 1931, previo el estudio de las condiciones que, en cada uno de ellos, lo hiciera posible sin perjuicio de ninguna de las partes.

2. El cuidado exquisito de todo lo relativo a las respectivas colonias de emigrantes con objeto de integrarlas con amor a los países de su residencia en íntima coordinación con los intereses de su patria de origen, de tal modo que lo que hoy es con frecuencia objeto de recelo, resentimiento o temor, se convirtiera en el instrumento más eficaz de la más íntima cooperación interregional.

En lo relativo a educación y cultura no sería difícil llegar a la consecución de los siguientes fines:

1. Creación de gran número de pensiones y becas —estudios gratuitos, manutención y viajes, instalación en Residencias de estudiantes, etc.— para estudiantes y postgraduados.

2. Intercambio de profesores y alumnos con dotaciones para los que deseen realizar estudios en los países comprendidos en la Unión.

3. Organización de cursos y conferencias a cargo de personalidades eminentes.

4. Fundación de Residencias de estudiantes organizadas con modestia y decoro.

5. Establecimiento de Instituciones de cultura de todos los grados en íntima colaboración con los elementos del país en que se establezcan y con la aspiración de que en algunos pueden servir de base para la creación de centros de investigación mantenidos por los países que los funden.

6. Publicación de Revistas científicas y de cultura de carácter hispanoamericano.

7. Celebración frecuente de Congresos hispanoamericanos de diversas especialidades y reuniones científicas de más íntima colaboración.

8. Organización frecuente de exposiciones de arte, conciertos etc., de intercambio y colaboración.

9. Estudio de las condiciones necesarias para el reconocimiento de los títulos académicos y profesionales en un plano de estricta reciprocidad.

10. Revisión de los planes y programas de enseñanza de la Historia en los centros de enseñanza con el objeto de conseguir, dentro de los límites de la verdad, una comprensión unitaria de los acontecimientos; olvidando que en país alguno ha dejado de haber guerras, conquistas y luchas civiles; abandonando, sin perjuicio de la crítica serena, la inútil y morbosa obsesión de convertirnos en jueces y censores de nosotros mismos y de los demás; recordando que, si se la mira con gesto de generosa comprensión, en nuestra Historia, como en todas, sin excepción, lo grande se mezcla con lo abyecto y que, si se la considera en su trayectoria total, es una de las más ilustres entre todas las que se han desarrollado sobre la faz de la tierra.

Joaquín XIRAU



II

POLITICA INTERNACIONAL  
DE LA AMERICA LATINA

TEXTO DE

ANTONIO CASTRO LEAL



Creo que, en los próximos años, tanto los factores externos como los internos favorecerán y determinarán una política internacional unificada de Iberoamérica.

Pero esta convicción —que coincide con los deseos de los que quieren el engrandecimiento de nuestros pueblos— no tiene más valor que el de las razones en que pueda fundarse.

Sin pretender abarcar todos los aspectos del problema, yo ofrecería como fundamentos de mi convicción las siguientes consideraciones.

### *Desarrollo de la cooperación internacional*

Todo indica que en el mundo de la posguerra la cooperación internacional invadirá campos que antes le estaban vedados. Mucho de lo que ahora se considera dentro del libre ejercicio de la soberanía nacional será en lo futuro materia de la voluntad conjunta y equilibrada de las naciones. Esa voluntad encontrará bases nuevas y seguras que le permitirán, a un tiempo, tener mayor eficacia en la organización de esa colaboración, y mantener y proteger mejor la individualidad de las naciones.

### *Cambios en la geografía política*

En el mundo de la posguerra, por primera vez desde los tiempos de Alejandro el Grande, no figurará entre las grandes potencias mundiales ninguna nación de la Europa continental. Rusia vuelta hacia dos mundos. Inglaterra no es más que la cabeza de una federación libre de pueblos ingleses repartidos en el globo. Además de estas dos, la otra potencia orientadora en el mundo de la posguerra será Estados Unidos, nación americana con intereses vitales en el oriente y el occidente.

### *Las grandes potencias orientales*

No hay duda que el poder de las grandes potencias orientadoras del mundo de la posguerra estará limitado por un pacto universalmente aceptado, de manera que, aunque cada una de ellas tenga una concepción especial del destino que conviene al mundo, no podrá imponerla fácilmente. Es, por otra parte, natural que esas grandes potencias demanden o quieran ejercer un poder superior al que necesitan para cumplir su misión; y es también natural que las demás naciones busquen que ese poder no rebase el límite indispensable para el cumplimiento de tal misión.

### *Hacia una unidad del mundo*

El intenso desarrollo de la cooperación internacional y el hecho de que las grandes potencias orientadoras sean países de tan variados intereses geográficos, tenderán a dar al mundo una mayor unidad. Las naciones no serán en lo futuro soberanías en pugna; los continentes no serán ya bloques en que las razones geográficas puedan crear o justificar, por sí mismas, determinadas actitudes políticas. La soberanía y la geografía, desfumados sus perfiles, compondrán un cuadro en que naciones y continentes se fundan mejor en una atmósfera internacional.

### *Nueva conciencia internacional de los Estados Unidos*

Desde la guerra de 1914-1918 los Estados Unidos deberían de haber sido una de las potencias orientadoras del mundo. Su tradición histórica —inservible ya frente a la situación que se presentó entonces— los llevó al aislamiento. Después de la guerra actual es evidente que no podrá suceder lo mismo. En el mundo del mañana los intereses y las obligaciones de los Estados Unidos como potencia *mundial* serán muy superiores a sus intereses y obligaciones como potencia *continental*.

### *Universalización de la Doctrina Monroe*

En la postguerra el continente americano perderá el privilegio de ser el campo único de la acción protectora de los Estados Unidos. Esta nación, como una de las potencias orientadoras y como uno de

los poderes de coacción para el mantenimiento del nuevo orden internacional, tendrá que extender a todos los continentes su campo de vigilancia y defensa. Existirá, así, para los Estados Unidos, una Doctrina Monroe en Europa, Asia, Africa y Oceanía. Es decir, dejará de existir una situación particular para la América.

### *Crepúsculo del panamericanismo*

El panamericanismo, en todo lo que signifique oposición a la conciencia de la unidad del mundo, tendrá que ser abandonado, como lo serían, en iguales circunstancias, el paneuropeísmo, el panasiatismo, el panafricanismo. En lo futuro tendrán que irse borrando las proyecciones de esas preocupaciones geográficas continentales que, en América, han limitado el poder y la influencia de los Estados Unidos, y reducido el campo de visión de Iberoamérica. Los complejos geográficos, en lo que tienen de limitaciones artificiales y voluntarias, irán desapareciendo.

### *Unidad de Iberoamérica*

Si no es ya la geografía ¿qué otras razones habrá para hablar de Iberoamérica como de una unidad? Es una unidad porque está formada por un conjunto de pueblos con raíces comunes de raza y cultura, cuyo desarrollo ofrece, en los campos político y económico-social, una evidente comunidad de intereses. Esta alta proporción de intereses que le son comunes, da a Iberoamérica una unidad dentro de la organización mundial. Fuera de América hay, sin duda, pueblos que coinciden en su formación histórica o en las condiciones necesarias para su desarrollo, o en ambas; pero los pueblos iberoamericanos representan un núcleo en el que un mayor número de naciones tiene un mayor número de coincidencias.

### *Frente internacional iberoamericano*

En el mundo de la posguerra Iberoamérica tomará contacto, por primera vez sin limitaciones ni cortapisas, con la organización internacional de los Estados. El esfuerzo de afirmación de todos irá subrayando los perfiles y los derroteros de unos y otros. Dentro de esta organización habrá determinados aspectos que, por tocarles más de

cerca, provoquen naturalmente un sentimiento de solidaridad en las naciones iberoamericanas. La comunidad de sus intereses las llevará a pensar conjuntamente los problemas que con ellos se relacionan. Se darán cuenta de que, unificando sus esfuerzos, podrán hacerse oír mejor, ser tomados más en cuenta.

### *Posibilidad de una política internacional iberoamericana*

Nada más justificado ni más conveniente que crear ese frente internacional iberoamericano que favorecerán, por una parte, la naturaleza misma de la nueva organización mundial, y, por otra, los propios intereses y el contacto directo y libre con las demás naciones. Hay, sin embargo, ciertas dificultades que vencer. Sin querer atribuir las a todos los Estados iberoamericanos y aún aceptando que, en algunos de ellos, ya han sido superadas, se pueden mencionar:

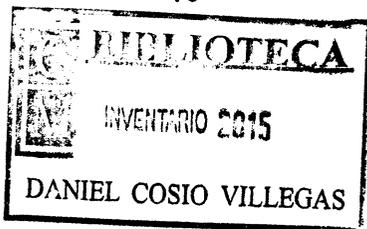
- a) La falta de tradición y consistencia en la política internacional;
- b) La improvisación de los hombres encargados de dirigir esa política;
- c) Los gobiernos tiránicos o dictatoriales, obligados a seguir una política oportunista para conservar el poder;
- d) La falta de visión y de sentido internacionales, y
- e) La falta de sentimiento iberoamericano, y la deliberada y artificial exageración de ciertas situaciones de tensión entre las naciones iberoamericanas.

### *Direcciones de una política internacional común*

Cuando la mayoría de los pueblos iberoamericanos sea capaz de fijarse en sus relaciones exteriores una línea de conducta consistente y apegada a sus intereses, entonces sobrevendrá, de un modo natural, la unificación de la política internacional de Iberoamérica. Sus objetivos no podrán ser otros que obtener en el campo internacional las oportunidades y los medios para desarrollar sus intereses individuales y comunes; mantener y afirmar sus perfiles nacionales y espirituales propios, y, finalmente, favorecer en el mundo el imperio de una concepción de la vida que coincida o tenga afinidad con los ideales más altos de Iberoamérica.

Antonio CASTRO LEAL

70



EL COLEGIO DE MEXICO



\*3 905 0550152 1\*





## JORNADAS DE LA GUERRA

1. José Medina Echavarría, *Prólogo al estudio de la guerra*
2. Tomás Sánchez Hernández, *Los principios de la guerra*
3. Jorge A. Vivó, *La geopolítica*
4. Gilberto Loyo, *La presión demográfica*
5. Antonio Caso, *Las causas humanas de la guerra*  
Jorge Zalamea, *El hombre, náufrago del siglo xx*
6. Vicente Herrero, *Los efectos sociales de la guerra*
7. Josué Sáenz, *Los efectos económicos de la guerra*
8. Manuel Chavarría, *La disponibilidad de materias primas*
9. Manuel Pedroso, *La prevención de la guerra*
10. Daniel Cosío Villegas, Emigdio Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, Gonzalo Robles, Manuel Sánchez Sarto, Antonio Carrillo Flores, José E. Iturriaga: *La Postguerra*  
Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, José Medina Echavarría, Emigdio Martínez Adame y Víctor L. Urquidi: *La nueva constelación internacional*, conversación por radio.

De venta en todas las librerías de la América Latina

